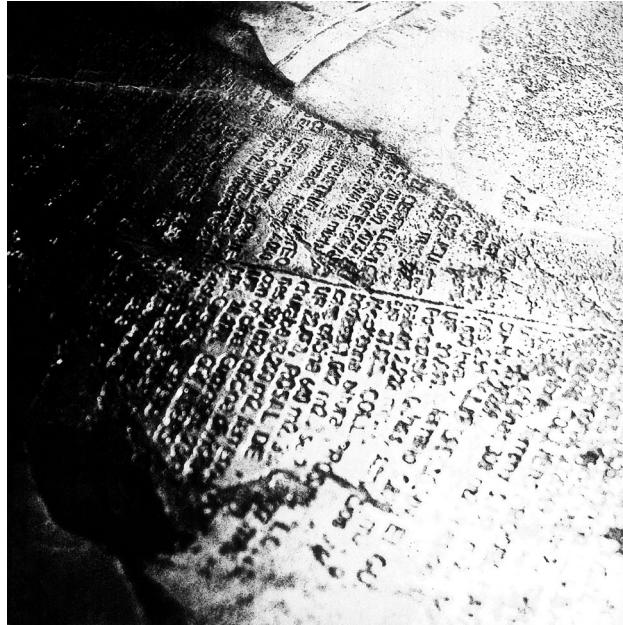


LAS CORDILLERAS EN ANDAS

Guadalupe Santa Cruz



a Gustavo Boldrini,
a los estudiantes de Arquitectura
de la Universidad Arcis,
con quienes he compartido
más de un territorio,
a Sonia Montecino y Rolf Foerster,
a Eugenio Dittborn,
a Eva Villarroel,
a Boris,

y a quienes, aquí presentes,
me introdujeron en los parajes
de su quebrada

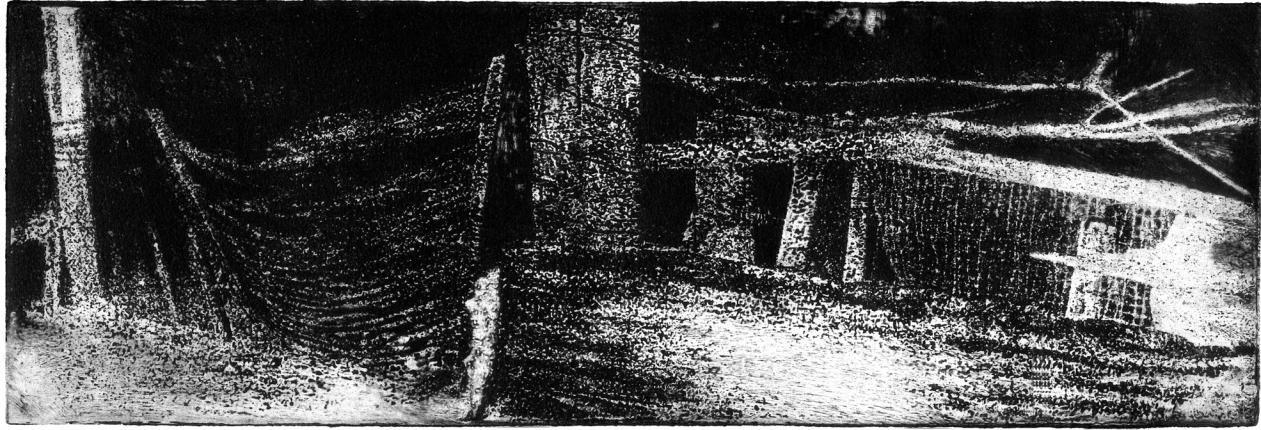
PASAJERA I

El viaje ensucia, no se sabe cómo. Tal vez los baños sin espejo, tal vez estar lejos de todo, los abanicos de servilletas de papel dispuestas en copas de aluminio, las distintas barras de los buses y las micros, las ventanas abiertas y las ventanas cerradas, los vales, las boletas, los teléfonos públicos en Centros de Llamadas, no se sabe qué es lo que se adhiere y no puede ser retirado.

El Nylon se llama el almacén en Serón y *Varón Blanco* el veloz camión de transporte en la ruta a Ovalle, los nombres se ensucian con el camino, me gusta extraviar el mío al abordar los peldaños de las máquinas de viaje. Recorro distancias sin nombre, habito por largos instantes un espacio que no se llama hasta tropezar con palabras. Entretanto las letras son asaltadas por aquello que ven y el Norte crece como una página en blanco que se cuele en un libro escrito por otros. Sólo el vacío de la página me pertenece, hoja en blanco, cochina y apelmazada por el trajín de los viajes.

Tal vez la falta de sueño, los horarios de las máquinas y el espacio comido por el tiempo ensucien como nunca. O simplemente desplazarse, extraña, acerque de tal modo que las cosas vienen hacia una, se quedan y no pueden ser desprendidas. Como si el cuerpo guardara en memoria la enormidad de distancia recorrida y el exceso de paisaje se hiciera mugre con la que es preciso habitar.

Vertical u horizontal en el mapa, nocturno o diurno, y aunque en un mismo huso horario, el ensanche del viaje produce un sudor, el sudor de los viajes que aglomera el cuerpo a los lugares.



ANDACOLLO

La fuerza del agua hace todo lo movible del campo, de todo lo que se vea verde en cualquier parte. Más ahí, que hay una quebrada. Cada tiempo tiene sus cosas y cada campo tiene sus maneras de verse y de ser.

Igual los cerros, son terriblemente diferentes unos de otros. Al mirar hacia el fondo la cordillera me da la impresión de un capitán, el capitán con todos sus soldados. Uno con lepra, otro con dificultades para respirar, otro con dificultades para sostenerse, porque uno está inclinado así, otro para allá.

La cordillera es un abastecimiento de vida, porque si no nevara para allá ¿cómo tendríamos agua? La cordillera le da el paso a la gente. Yo digo que es como una escalera para gigantes, porque son así, uno va arriba del otro, y si el gigante se pone en la punta, lo más bien baja. Igual nosotros somos gigantes, lo que pasa es que somos gigantes chicos. Nos cuesta más subir, porque la escalera es más grande. Pero igual nos da refugio, nos da vida. Los animales se van a la cordillera. La gente pasa. Nos da el agua, porque la vida de nosotros es el agua. También la cordillera es fantástica y tiene sus momentos críticos, sus momentos de pureza, cuando está blanqueando.

Yo creo que la cordillera son los ojos del mundo, porque la cordillera es lo más alto que hay, como que va a tocar el cielo.

También es parte melancólica, de repente está triste. ¿Se ha fijado cuando tiene las copas vivas y la nieve abajo? Como que tiene un ojo abierto y el otro tapado, entonces no mira, no mira bien a su alrededor.

Pero es un capitán que ve a sus soldados y va a tener siempre la batalla, siempre la está dando. Él siempre va a estar arriba, nunca va a bajar. Pueden cambiarlo a otro capitán, pero siempre va a ser el capitán.

Lidia Castro

LAS QUEBRADAS

Una quebrada es un lugar donde ocurre algo, algo corre o fluye o se interrumpe. Es un declive, siempre sucede algo en los declives, algo se tambalea, declina, se precipita o bascula en otro sentido. O bien sucede que se alza, que es preciso escalar, conmovier una posición, buscar otro equilibrio, desgajar el cuerpo hacia nuevas direcciones. Se cruzan otros cuerpos, en las quebradas, hay ventoleras inversas que descolocan, chiflones y cauces, abismos horizontales. La promesa de otras rutas.

Casi todas las quebradas del país producen a su largo encrucijadas. No hay país sino un paraje en cada quebrada.

Para vivir en una quebrada hay que ser muy sufrido y quitado de bulla.

Domingo Pérez Zepeda



QUEBRADA DEL RÍO HURTADO

Pichasca

Los hombres que han trabajado en el valle del río Hurtado se vuelven hombres conocedores de todo el río. –Conocí todo el río, dice el viejo que se mudó desde el valle del Elqui al valle del río Hurtado.

–Mi padre conoció todo el río, dice Manuel López. El río Hurtado es un río que se da, permite ser conocido. Aunque Pichasca haya provocado la gangrena. En Pichasca la rodilla del padre recibió un peñascazo y esa misma rodilla quedó atrapada, a lomo de burro, entre dos árboles. Pichasca hizo del niño pastor un zapatero sin pierna, en Ovalle primeramente y luego en Andacollo. El niño pastor de Pichasca nunca le mostró su pueblo al hijo porque había sido amputado de una pierna y de su madre. Pichasca había hecho de su madre la empleada de un padre patrón y posteriormente una fugitiva, una paria. Un niño sin madre en Pichasca debe herrar los animales y hacerlos pastar, cosechar la uva de mesa en los parronales. Tiene las rodillas enclenques porque la falta de madre se aloja allí, en las articulaciones que unen el cuerpo al camino. Sube al cerro con un puñado de harina tostada e higos, nunca un caldo por comida porque no hay hogar que dé tiempo para hervir el agua. El zapatero, dice Manuel López, fue un niño que andaba pastoreando las cabras por los cerros a pata pelada y podía pisar los espinos de los cactus sin sentirlo, porque su padre tenía una callosidad en los pies que le hacía de zapatos. Pero la gangrena se alojó en la rodilla y el padre nunca lo llevó a Pichasca, no se la dio a conocer. El padre quiso olvidar ese pueblo. Estuvo dos años en el hospital de Ovalle maldiciendo los cerros, esperando que la madre volviera a su pierna, no quería perderla, y luego aceptó ser amputado.

Manuel López se ríe porque está en Pichasca y el río Hurtado corre resbalando sobre las piedras. Las aguas fabrican un verde vibrante contra las montañas rocosas y centellean en la aridez. Un viejo, en la orilla, pregunta por los chanchos extraviados. Vuela una garza, en el valle se escucha el eco de las bandadas de trichahues apegadas al verdor. Las garzas son blancas y los patos silvestres negros. Entre algarrobos, pimientos y sauces cruza un chancho el río Hurtado.

Estuvimos en Pichasca y el golpe que se dio el hijo de Manuel López en la cabeza no lo hizo enfermar. En todos los valles hay un hijo que recuerda al padre que fuera hijo de la vergüenza y el poder. A la vista de los

valles transversales, que traen agua frondosa y van a dar al mar, a los confluente, a algún lago que borra las pistas del trecho recorrido, los padres, cuando aún se hallan vivos, se desperezan. Se despiertan de la siesta, de la enfermedad o del olvido y les dicen a sus herederos y herederas que ellos no recibieron nada, así como ellos, sus descendientes, no recibirán nada. Ni siquiera el nombre, el pago del nombre.

La ropa sucia se lava en casa.

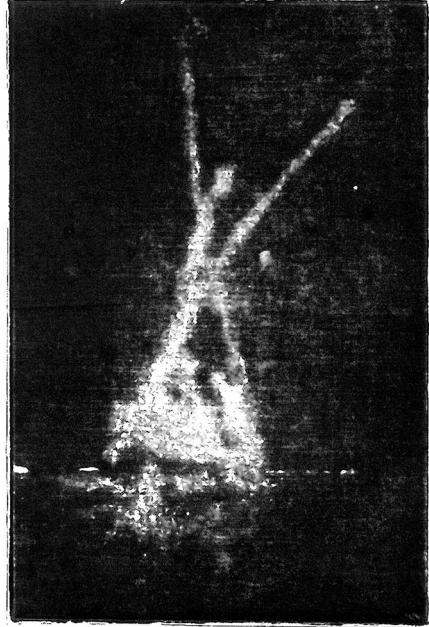
Los descendientes de los descendientes, que no han recibido nada, lo saben.

LA MATRIZ

Calco los pies de cabra, las cabrías. Modifican levemente su forma según el pulso, no me canso de repetir su nombre, su silueta. Traslado el signo de un soporte a otro para multiplicar el goce de la escritura y pienso en el viaje de las letras por nuestros cuerpos de historia, escupiendo y transpirando palabras.

PASAJERA II

Postergo el momento de escribir porque no encuentro la palabra con que se abren las montañas, la tengo sellada en la lengua y estoy en un mal paso. Por mientras vigilo los otros nombres, los trazos en el cerro que encierra mi vista, al frente. Cotas o senderos para la mantención de las torres eléctricas: las veo, líneas paralelas en el cuaderno de roca y matorrales. Azogue de la montaña, indistinguible a esta hora. Al fondo del cajón, en la última tramoya, las cumbres sin nieve envueltas en nubes. *Guayacán* es una palabra favorita, encontrar un guayacán hace pronunciar la imagen retenida, el gusto acre y ácido de sus ramas apretadas para sortear la sequía en lo alto. *Quillay, litre, colliguay*. Un ojo vuela por la ladera opuesta como si desplazara una imagen en la pantalla líquida del computador. Enfoca con agudeza el grano que le propone la magnificación de la ladera opuesta. Protejo el momento de escribir *portezuelo*.

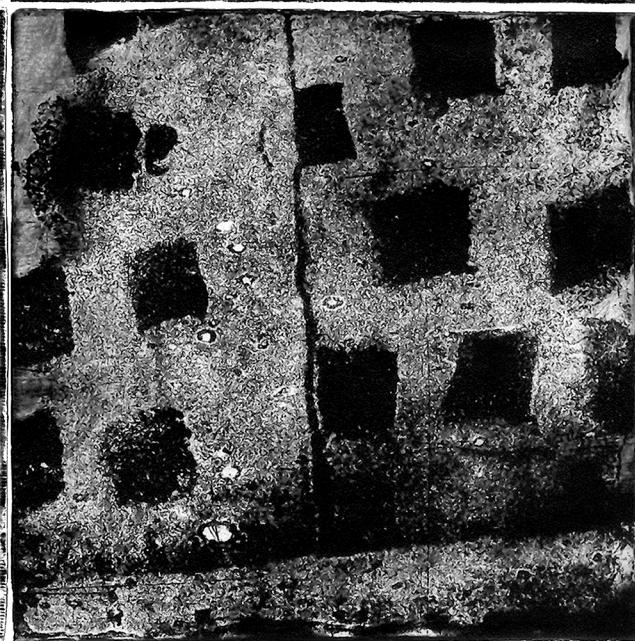
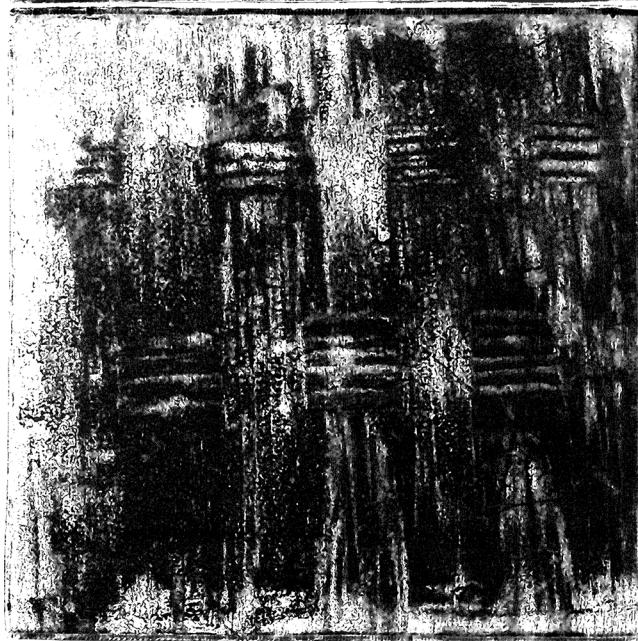
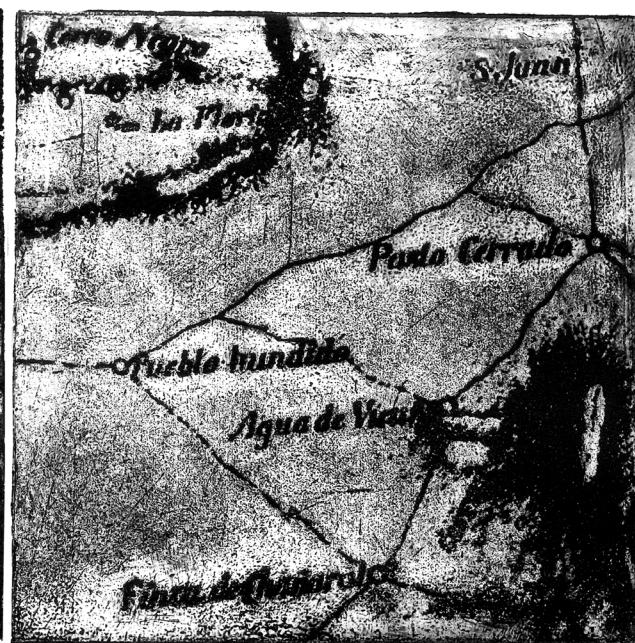
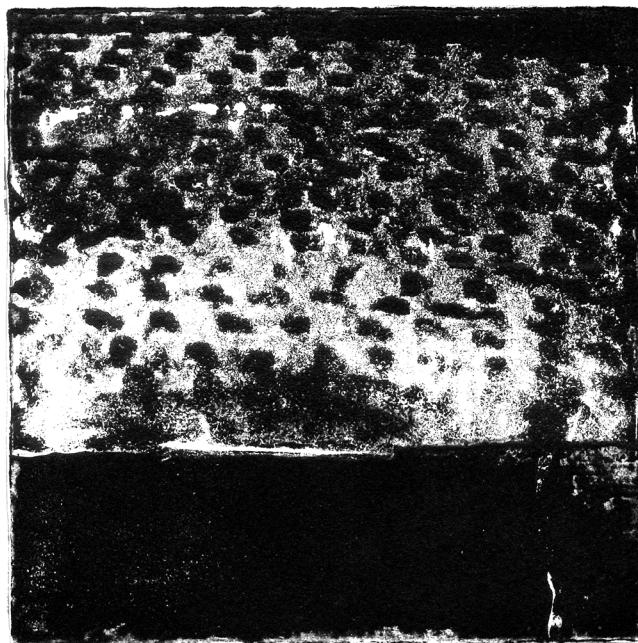


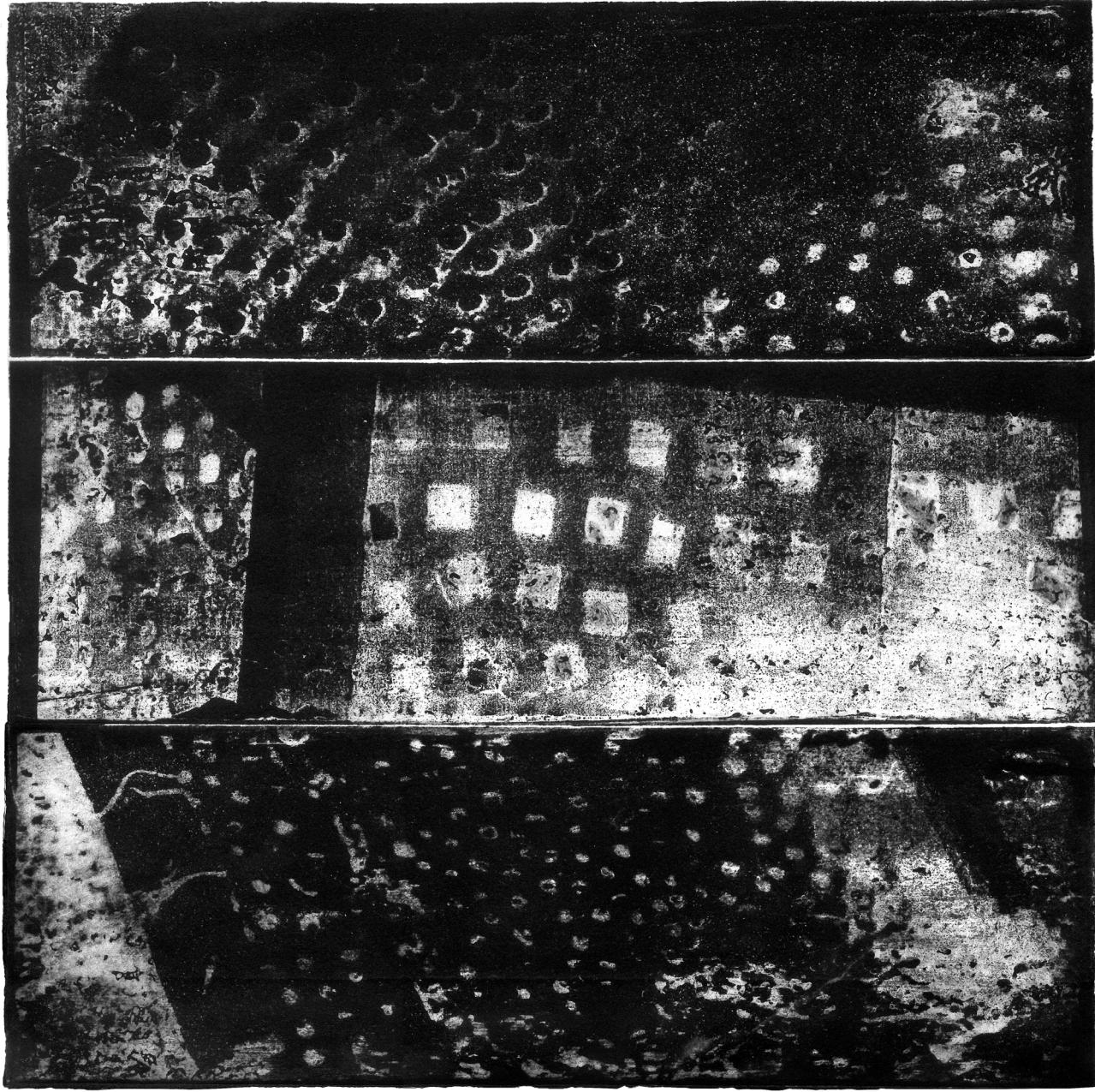
LOS ARNEROS

Los arneros son una de las herramientas del ojo rastreador, contraria al embudo que sólo mira y trabaja de modo vertical, de una vez. El Norte ha vivido de los arneros tamizando el paisaje, agitando, acariciando voraz y desesperado la textura de las tierras. El arnero es un foco. Cada mirada le concede los ojos que precisa, el colador de su suerte. Harina, áridos, oro. Cobre, carbón. Cedazos para el maíz, mallas y enjuncados contra el sol. Mapas que cernen lo infranqueable de una zona, cartas que hacen de los senderos una trama. En el Norte el deseo de los arneros es sacarle el jugo a la aparente segura de las cosas.

Si no atrapara el arnero, sería un hoyo, pasaría todo de largo.

Lidia Castro





PASAJERA III

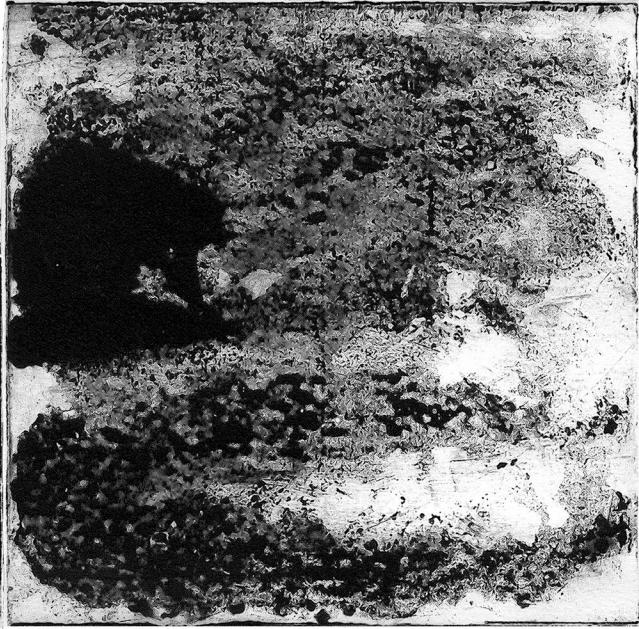
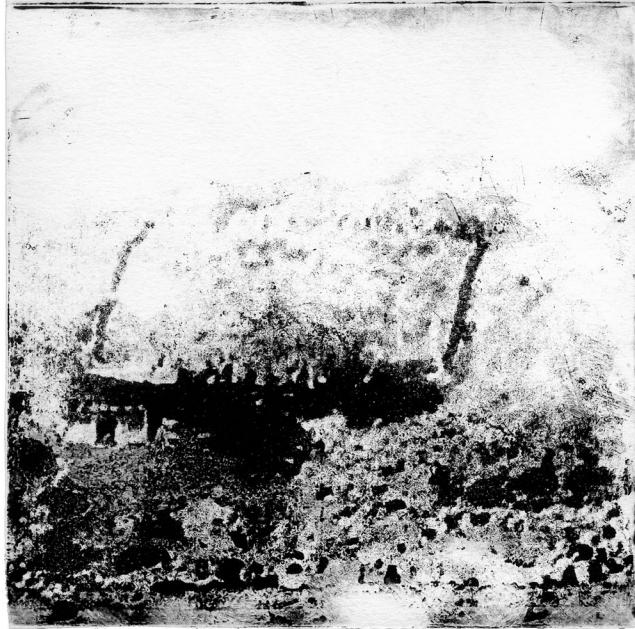
Soñé anoche que trazaba bosquejos y tomaba apuntes en la orilla alta de una quebrada, y es lo que hago. Pero la quebrada era verde, de arriba abajo verde. Las anotaciones y los esbozos eran algo que yo podía fácilmente extraviar, mas alguien los recogía y custodiaba para mí, me eran devueltos.

Antenoche eran dos criaturas. Me eran prestadas –una gruesa y otra frágil, endeble, las criaturas– por un pueblo cuyas fronteras eran hileras de matorrales franqueables. En aquel pueblo se reiniciaba un paisaje. En el pueblo y en el paisaje conozco un sendero que no posee trazado, son rutas que empalman sin continuarse unas a otras, es un recorrido que mi ansia prolonga.

A veces estos paisajes de debajo los párpados se alfilerean sobre un emplazamiento, como molde de papel de costura sobre una tela estampada. Me sobrecoge la forma de un cuadrilátero arrombado, de un círculo incierto. El modo preciso, aunque indescriptible, del declive de un terreno.

Pienso haberlo experimentado en alguna ciudad, recuerdo una plaza vaga, la vista desde algún piso, desde la ventana hacia el barrio o, luego de haberle dado la espalda a esa ciudad, la vista sobre una pieza, sobre un cuerpo sentado o de pie en aquella pieza.

Yo que no he podido ser del paisaje, me es prestado, y los lugares me persiguen, me hacen falta. Las formas son borrachas y los pueblos parecen tan nítidos, pero son desconocidos.

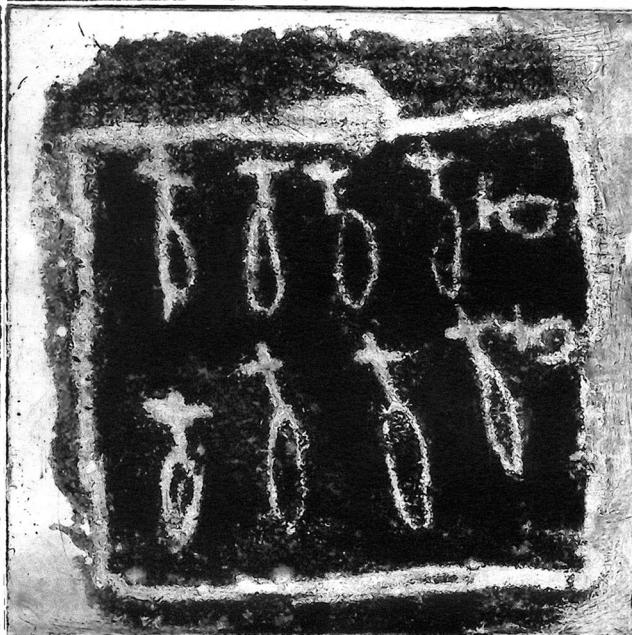
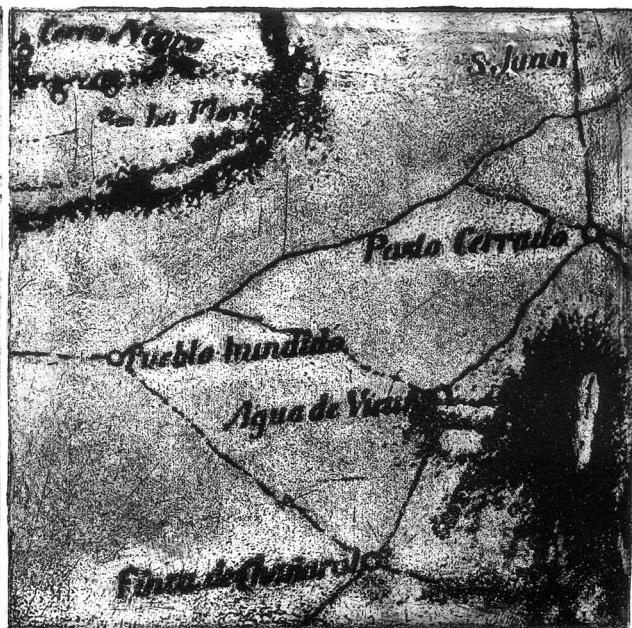


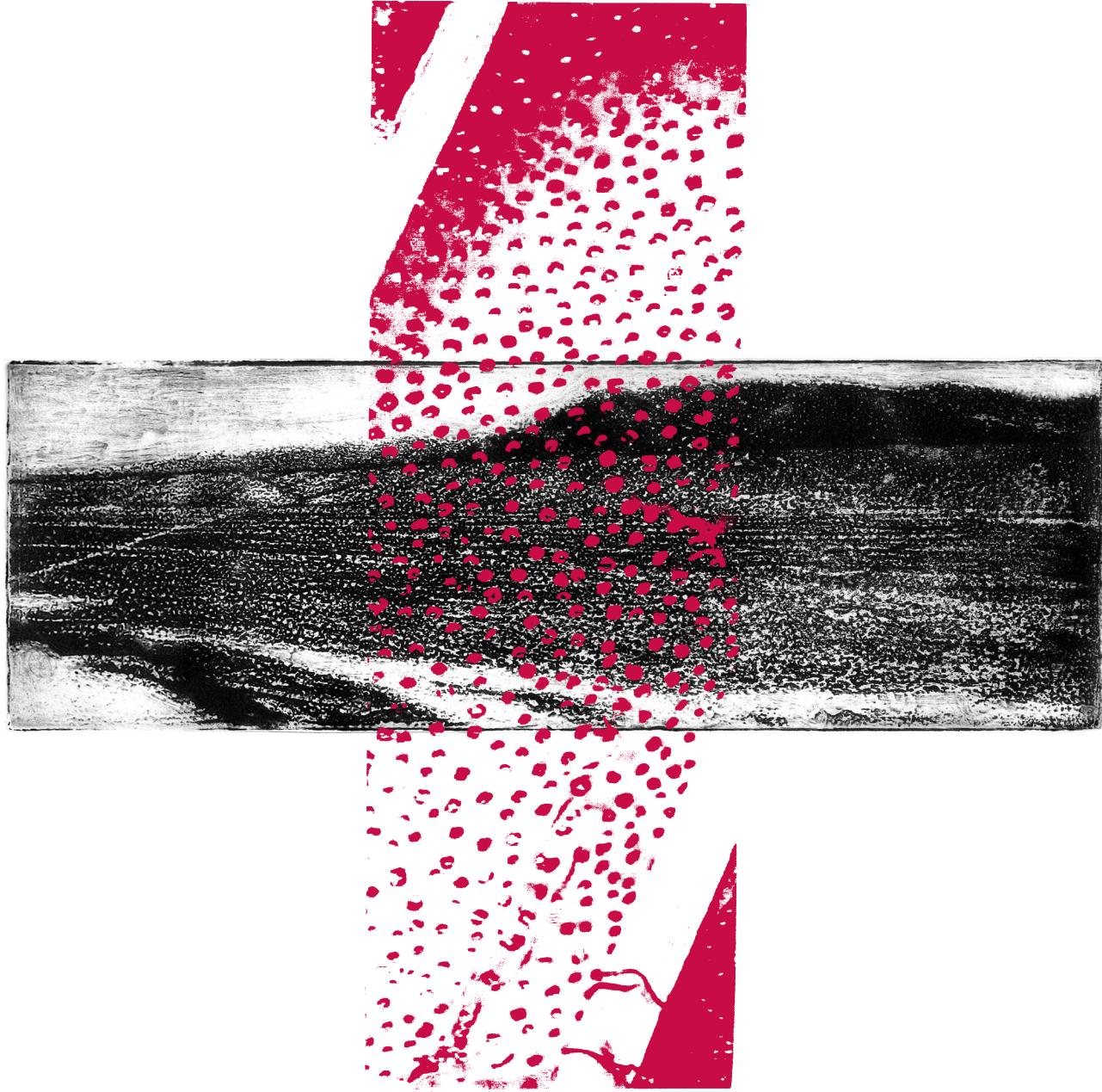
LA MATRIZ

Esta es la promiscuidad deseada, es ésta. Trasládame. Llevar la mancha de un lado a otro dejando huellas de reconocimiento, distante de aquí allá, disuelta en todas las tintas en que aparece lo escrito, lo visto. Vivo en la tinta que me produce lo vivido, lugares, luz echada sobre la plancha que fija un detalle que vuelve a prender aquella otra estancia. Con el bruñidor, remarco. Con la punta seca. Despejo una esquina insistiendo con viruta fina y papel de lija, deseo ver la palabra del mapa que me permite sentirla.

Pronuncié, detalladamente y con paciencia de amor a los lugares, S G O W, de *Glasgow*. La S la dejé a medias, tal como venía en el marco de la foto en la luz que me cogía en aquel momento. Aunque al subrayar su fantasma se hizo inverosímil como vista y apareció una visión. Demasiadas palabras soltándose, siempre desprendidas, que me gusta fijar. Signos que se pueden ir, como las pequeñas tumbas del cementerio indígena de Calama dibujado en el mapa de las mujeres. He impreso en una misma hoja borrador un tumulto de planchas de aluminio como Copia de estado, juntando por economía de papel grafías de distinta procedencia. Me di lugar mimetizado por el grano de la aguainta, confundida en la secreta trama que recorre los paisajes entre el blanco y el negro, dicha en el grabado. Como si las palabras se hubiesen abierto a esa vasta gama, lejos de lo que dicen, y yo fuese del paisaje, éste, acotado, cambiante, promiscuo.

He suprimido mucha y al escribir. La y es un problema. Le dedico este problema a Lidia, Manuel y Antonio. A Pamela también.





QUEBRADA DE LOS CHOROS

Dicen que antes hubo sequedad, porque encontraron cosas enterradas, árboles. Después vino más agua. Cuando yo estaba chica había mucha agua, el agua corría por todos lados. Y después vino otra vez sequedad y otra vez estaba subiendo el agua. Siempre ha corrido subterráneo este río, creo que es más grande que el Choapa.

Vilma Aguirre Campusano

El río Los Choros aparece y desaparece.

El mar queda retirado, pero se lo presente.

Sube por el llano y luego por la quebrada, sube en el nombre de Los Choros.

El río inexistente va a dar al mar, el mar está presente en esa ausencia.

El mar queda retirado pero está cerca. Antes, los niños en los pueblos eran esclavos de su familia, trabajaban, no conocían el mar, aunque no estuviera tan retirado, y los amarraban para darles chicotazos, dice Vilma Aguirre Campusano. La profesora los golpeaba y los padres la autorizaban, no decían nada. Los milicos atemorizaban a los niños. Si agarraban a uno le cortaban el pelo. Se entretenían disparándole a los guanacos en las piernas.

Dicen que antes el mar traía choros inmensos. Que bajo las arenas se encuentran conchales de estos choros gigantes. Luego el mar dejó de arrojarlos. Por años se perdieron y de la noche a la mañana volvieron a aparecer. Dicen que las arenas de la playa son blancas debido a esas conchas trituradas por el tiempo.

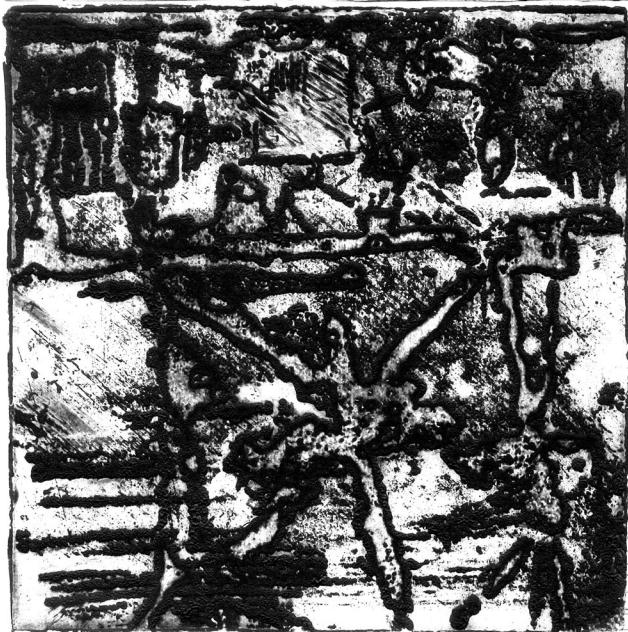
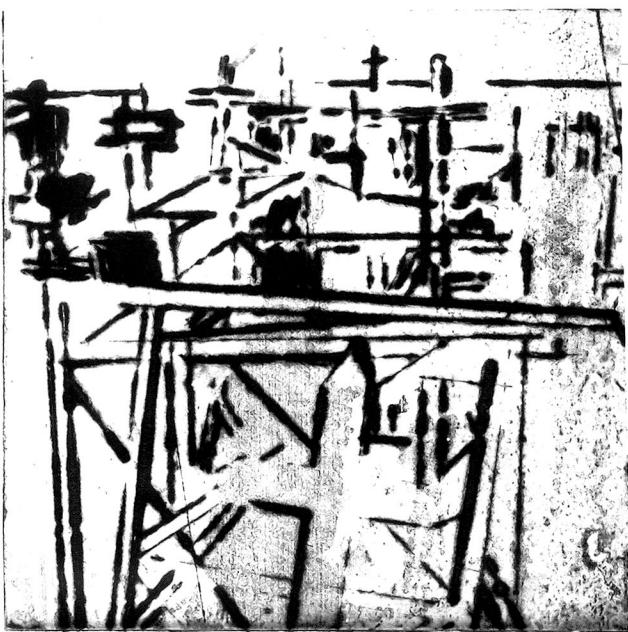
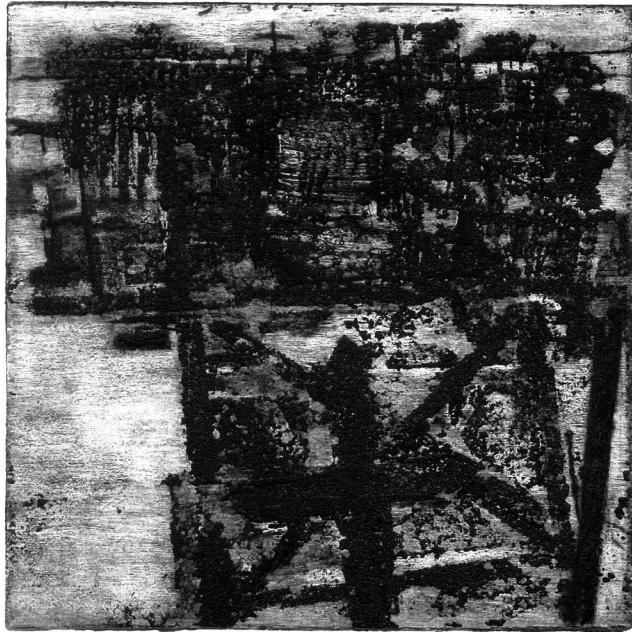
Las aguas del río ahora inexistente también se mueven. En otros tiempos se hacían tan abundantes que los habitantes de Los Choros Bajos se mudaban de vivienda, ocupaban una ribera en invierno y otra en verano.

Los olivos fueron traídos por los españoles. Quinientos años tienen algunos, se nota en el grosor de los troncos, dice Vilma Aguirre Campusano.

El año 91, en el mes de agosto, como a las tres de la tarde, todos los días, tengo la visión de que el 15 de agosto del año 97 iba a quedarse Los Choros aislado, sin agua, sin luz. Se iban a enterrar los pozos. En eso venía un temblor grande y empezaba la pobreza. No iba a servir de nada tener plata en el Banco ni tampoco tener propiedades, porque no iba a haber plata para pagar los arriendos. Yo pasaba por arriba de los muertos y después de la mortandad nos veníamos a Los Choros. Teníamos que buscar semillas, teníamos que almacenar, porque íbamos a comer lo que plantáramos, no iba a haber comida. Después de un año salíamos a buscar refugio y yo me iba al mar, aunque era como que alguien me decía "no te vayas al mar". Y como yo sé pescar, iba a comer pescado. Estuve todo el mes yéndome al mar y tenía que irme al otro extremo, porfiada. Tenía que tener un vehículo grande, un jeep doble tracción para trasladar a la familia. Y llegaba hasta el refugio y no encontraba refugio. Pasaron los años, empecé a sacar préstamos como mala de la cabeza. Yo era contadora y la gente no paga. Empecé a juntar plata y a poner negocio. Llegó el año 97. De repente me ponía a predicar, de que juntaran cosas, porque se iban a quedar aislados. Después me ponía a pensar, yo debo estar loca. Mandé de todo a mi casa, donde mi mamá, cien mil pesos en mercadería, velas, una lámpara. No me hacían caso, y yo estaba segura. A veces dudaba. A veces le pido perdón a Dios por no haber creído.

El 15 de agosto salió el viento, venía del norte. Cuando llegamos a Porotito, antes de La Serena, llovía todo el camino, empezó a llover ahí. A las 5 de la mañana Los Choros quedó aislado. Había gente en la Punta, mucha gente, porque era feriado. Había cualquier gente, gente en la isla, niños, llamaban de que por favor mandaran un helicóptero. No había agua, no había luz, la quebrada se llevó todos los postes y los tiró al mar, todo el alumbrado público se lo llevó. Yo tuve la visión que se enterraban los pozos ¿qué pasó con los pozos? pasó la quebrada, entró por los huertos, no se los llevó pero sí enterró todos los pozos. Semanas estuvieron aislados. No había bebida, no había qué comer. Lo único que dejaron fue el pisco, después empezaron a tomar agua de la quebrada. Nadie me hizo caso, ni mi hermana llenó el tambor. Después me decían bruja, que yo tenía la culpa. Yo del año 91 me preparé hasta el 97, hice capital. Y ahora ¿cómo estamos? los robos ¿cómo están? Mucha gente no se da cuenta de que la situación cada vez va más baja, va peor. La gente que trabaja en el pueblo no lo siente, pero se nota que hay poco billete.

Vilma Aguirre Campusano



LOS NOMBRES

En el cementerio antiguo de Los Choros están enterrados los nombres Zoila, Araceli, Clarisa. Las fechas inscritas en las tumbas hablan de la juventud sorprendida en las mujeres. Dicen que muchas morían antes en parto.

En el cementerio nuevo está la Señora Vergara. Changa, dice el pueblo, se sabe que Vergara es apellido chango.

Ernestina Campusano asistió a su madre en el parto de un hermano, pero según la fecha de inscripción en el Registro Civil, Ernestina sólo hubiera tenido entonces tres años. Se nacía en las casas y se inscribía el nombre y las fechas a destiempo, del modo en que se escucharan. Los hombres y los tinterillos de las municipalidades se concentraban más bien en inscribir las minas de oro, propiedades de minas recién descubiertas. Al azar eran descubiertas las minas, defecando en un cerro o probando una y otra vez, haciendo resbalar la tierra en una poruña, dice Isolina Ossandón.

La gente no habla por trauma. Yo me estudié. Yo me empecé a estudiar más o menos a los quince años de por qué yo soy así, por qué digo a cada rato soy tonta, soy tonta. Después se me pasó eso y empecé a decirme tengo rabia, tengo tanta rabia ¿por qué, con quién tengo tanta rabia? Hay cabros que no quieren ver Los Choros, odian Los Choros porque les pegaron tanto. Han estudiado, pero se han quedado, se ponen a tomar, no quisieron progresar, no quisieron salir de eso donde habían caído. Nadie habla, sólo los que vienen de afuera. Mientras están en reunión, nadie habla. Tienen miedo a hacer el ridículo, es como una enfermedad. Antes era peor, si yo hablaba le tenía miedo hasta a mi voz. Pero igual, cuando me fui de aquí pedí beca en la Junta de Auxilio. Aunque me pusiera roja, iba y hablaba, sin conocer a nadie. Era un muro que tenía que atravesar, tan duro, pero lo atravesaba.

Vilma Aguirre Campusano

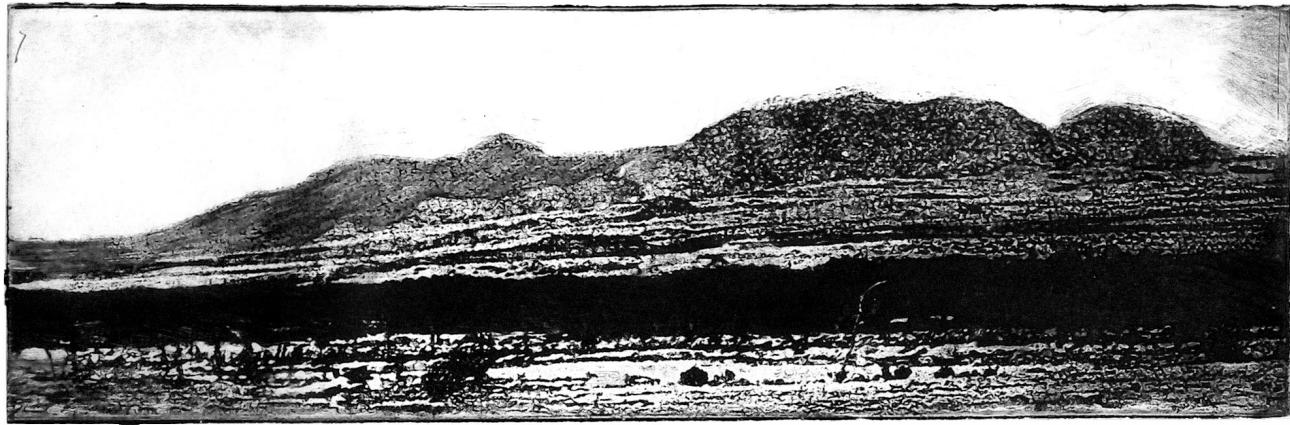
En San José de Los Choros Bajos hay gentes, cuerpos cargados de tal manera que aunque no porten bulto alguno van ellos mismos formando el camino de tierra que recorren. Fue así con la joven que emergió de un sendero nocturno desde los huertos de olivos, iba maquillada y vestida de fiesta, pedía fuego para un único cigarro que encendió camino al local de la plaza de donde brotaba música electrónica. Llevaba el sendero de tierra en la espalda, como estela. Fue así con un hombre grueso que venía por otro sendero, a plena luz del día. El compás de su paso iba abriendo camino con el trazado del trecho que dejaba atrás. Y, sin embargo, los senderos están allí. No pienso que hallan sido consignados en el plano de San José de Los Choros Bajos, pero están dibujados en el suelo y son de uso para todos.

PASAJERA IV

Bandas de visión horizontales, películas que corren sin avanzar, se despliegan sin marco, sin fin, de un costado a otro.

Me encuentro en el sentido de la quebrada de Los Choros, en la planicie que se abre hacia el mar. Desde el pueblo de San José de Los Choros Bajos el llano se halla dulcemente ordenado por la extensión olivar, longa y calma. Incluso el sonido de los esporádicos vehículos sucede hacia el costado. Puedo seguir con la vista la distancia que recorren, atraviesan pequeños paisajes transversales como aquel que enmarca la malla de la puerta de entrada de este recinto, entre las piedras pintadas de blanco, los postes y el cerro longitudinal de fondo.

Franjas horizontales de visión, mirada a la ronda.



LOS DESLINDES

En terreno yermo salta a la vista un límite. Los cercos parecen irrisorios y, por ello mismo, inquietan. Se turba la vista y se aloja de inmediato allí, en el espacio delimitado. En lo que contiene un cerco de cactus, en lo que encierra una pirca, en la zona que guarece la hilera de piedras blancas, un suelo barrido, los espinos que despuntan del muro de adobe, hirsutas ramas de espino incrustadas en el muro de adobe y clavándose en el cielo, las calaminas de zinc, las hileras de churque, de chañar. Un vagón de tren como muro, una escultura en troncos de copao como gallinero. El ojo se pone turbio porque nada se enmaleza, la nitidez rasguña, pregunta. Una imagen golpea y persiste en su inmovilidad como pueden insistir las imágenes en algún soliloquio del paisaje. Corral para atajar los animales. Pirca para espantar los animales. Piedras arrejuntadas, acurucadas contra la vastedad. Tambo, cementerio, plaza, arena para espantar la confusión de las piedras y sus signos encontrados. Predios verdes dibujados por el riego, por el agua domesticada en los pozos, por el afloramiento de aguas en los oasis. Mancha de los humedales, manantiales que oscurecen el verde de las verdes vegas, del amarillento verde de los bofedales, manchas. Fronteras apenas que hacen de su recinto un espacio plumeado por la historia, una y otra vez, ahí, donde el ojo se clava. Atalayas levantadas a poca altura desde donde se hablan los confines que surgen y mueren en esa palabra, miradores tal vez, muros divisorios que se cifran en lenguaje. La saliva deslinda y es enorme su orilla. Las letras retienen.

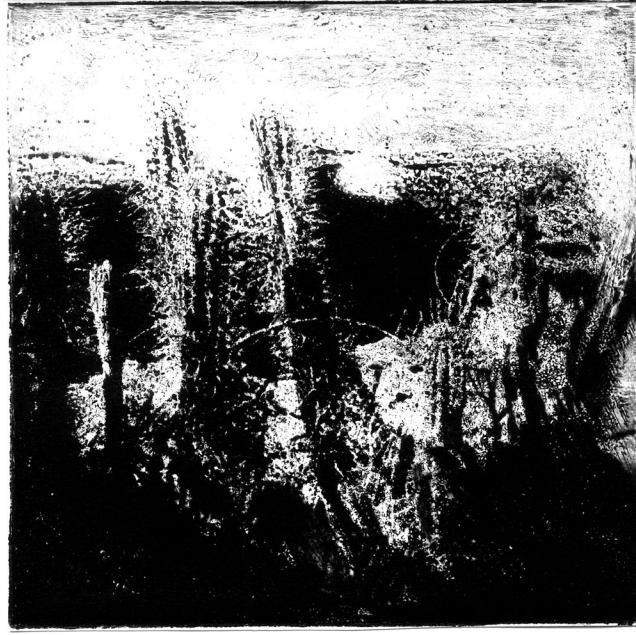
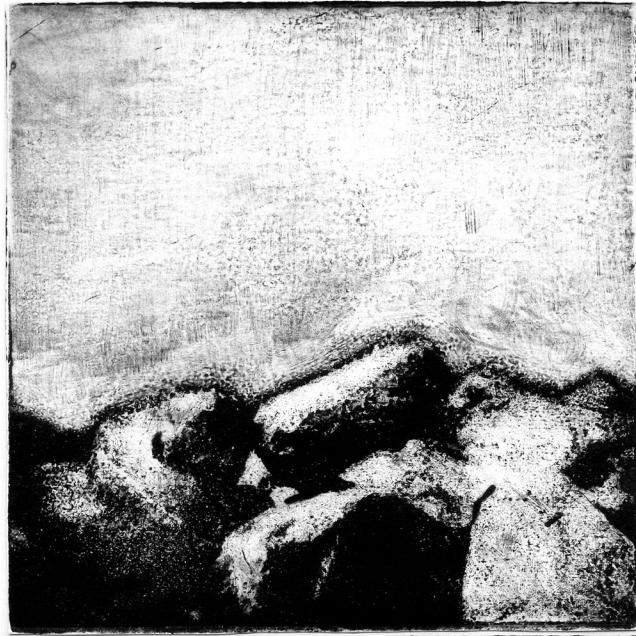
LA MATRIZ

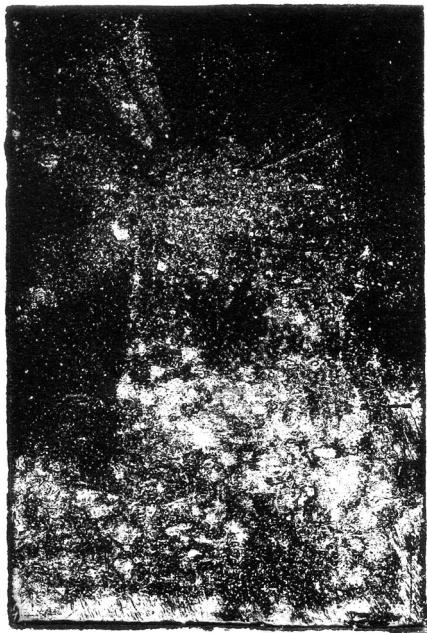
¿A qué va el paisaje?

El paisaje no es la imagen.

El paisaje es el deseo, hoy, de raspar. Querer del negro atraer blanco, extraer luz y relieve de una zona oscurecida. Precisar que el óxido se abra a la textura que encubre su capa crujiente, que muestre el surco disimulado bajo su taimada protección. También es seguir el movimiento del cuerpo borrador, lanzarse en un desdecir abierto, sin topes, que suprime con gestos arrojados un área entera y arriesga otra vez el blanco, un blanco habitado de espectros anteriores, de intentos que no llegaron a ser. Surge a ratos un enamoramiento por esos bellos gestos perdidos y conservo el ademán, el paisaje de aquel ademán fallido que conduce sin embargo a esta hora. Hago uso del taladro y su remolino de lijas, desgasto de manera decidida, aunque compasivamente, reservándole al ojo algo ignoto, preparando un espacio para aquel paisaje por venir que puja en mis muñecas.

O mi paisaje ansía ir al encuentro del parto en líquidos de una imagen y aísla el taller, sumo el cuerpo, las herramientas y la matriz de metal en una oscuridad que solo atenúa el foco rojo de la lámpara. Bañamos en una atmósfera de luz silenciosa y tibia, somos todos imprecisos bultos. Dispongo la matriz de aluminio bajo una fina napa de emulsión, huevo secretamente abierto a la luz en espera del impacto de los contrastes, ungüento fotográfico que se vuelve página, extensión dispuesta a la curiosidad. Sobrepongo la transparencia que porta una imagen. Esta imagen no es el paisaje. Lo que juega en aquellos minutos es el intervalo entre todos los cuerpos. La distancia actúa a modo de acercamientos de la luz con la mirada, de la ilusa correspondencia entre imagen y paisaje –aquel eufórico segundo de la posesión–, del roce entre aluminio y transparencia, del rigor del reloj calzado al tiempo, de la promesa de una copia, de la concentración de todo. La mirada, luego, escruta amorosa y pacientemente las aguas de soda cáustica diluida para atrapar el momento en que va revelándose algo entre la imagen y el paisaje, entre el paisaje y yo.





QUEBRADA CARRIZAL

El Escorial y los pavimentos

Hay que saber estar acucillada o de rodillas, hay que saber apisonar. Hay que querer recubrirlo todo, darle piso a los pies, poseer una plataforma ideada para sí, que sugiera movimiento en el suelo excesivamente fijo, que invente senderos imperceptibles en la repetición cotidiana de una quebrada. Hay que amar los accidentes que presenta la tierra seca, una raíz tal vez o bolones que asoman o una piedra que se encontraba allí, para respetar de este modo el relieve por pavimentar persiguiendo su curva o su quiebre de manera literal, adoptando apasionadamente su forma. Se precisa también mucha paciencia, la tenacidad de un cuerpo que se halla solo. Quizás busque anclarse y anclar este emplazamiento de Canto del Agua, justo allí donde la quebrada Carrizal se abre a un vasto llano llamado La Jaula, exactamente en el lugar en que el agua, mucho antes imagino, y las estrellas abandonan este desfiladero que las contiene y se dispersan por el espacio abierto del llano La Jaula.

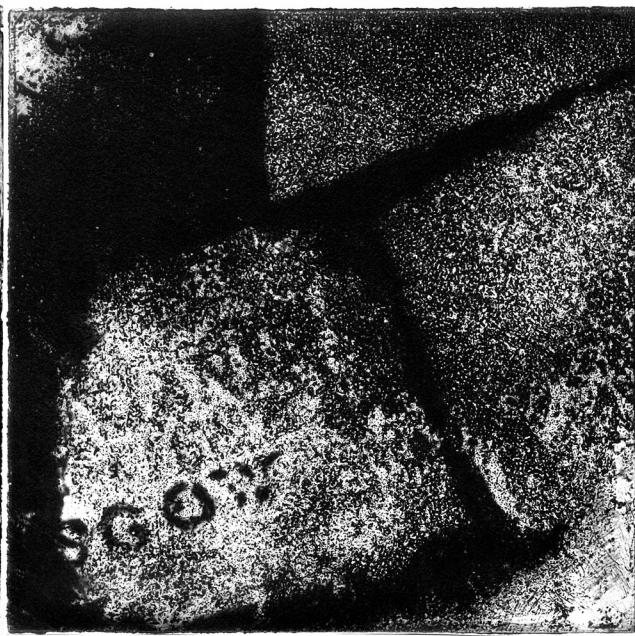
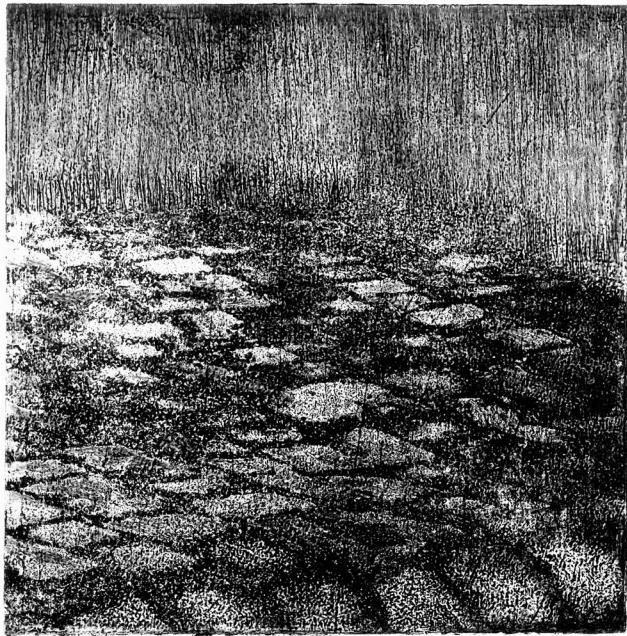
En una época remota era el tren que aplomaba esta quebrada hasta Carrizal Bajo, llevaba y traía peso, vinculaba con el Pacífico. Juvenal Santibáñez me muestra el sello de la línea férrea, un pequeño montículo regular, un desnivel sostenido a lo largo de la quebrada como si fuesen los bordes del lecho de un río desaparecido. El tren transportaba cobre de la Fundición inglesa instalada frente al terreno de Juvenal Santibáñez y su hermana, cuando Canto del Agua era un pueblo. En el escorial de hoy Juvenal hace acopio de los ladrillos refractarios que conformaron los altos hornos de la Fundición a principios del mil ochocientos, los vende en sacos y amontona otros para su hermana adentro del muro de pircas del predio que les pertenece. La hermana enferma pavimento con los ladrillos la entrada, más allá y más acá de la pirca.

Hay que poder relanzar la memoria, darle cuerda suelta y nueva vida a las ruinas. Hay que haberse propuesto volver a enderezar el derrumbe, pieza por pieza. Haber aprendido a repetirse, día tras día, que lo muerto está vivo, que es posible darle forma a los restos, fabricar caminos de marca propia con desechos de una fábrica foránea que, a su vez, utilizaba ladrillos estampados en Lota, fabricados y estampados por las mujeres de los mineros en Lota y Glasgow, Escocia. Tal vez se viniera abajo una edificación más delicada en la cual la hermana de Juvenal pasó parte de su vida, tal vez ésta se interrumpiera de pronto, tal vez algo la desgastó. O quizás la agrietara un acontecimiento.

La hermana de Juvenal enfermó de a poco, hasta callar. Sólo habla sola, en voz muy fuerte pero a solas. No se muestra. Deja a la vista su obra, el inicio de la pavimentación del extenso sitio que habitan, con los árboles, los dos molinos y los dos pozos, los zorros chillan que bajaron del monte luego del año de sequía y se allegaron al patio de la casa. Algunos vecinos deben saber por qué la hermana de Juvenal enfermó, sólo ellos pueden saber la razón de su silencio, algo alcanzó a decir ella, algo a medias palabras, acerca de los vecinos.

Juvenal cumple con la promesa de cuidarla, tal como se lo pidió la madre. También debe velar por que no pasen las cabras de un vecino por un sector del muro de la propiedad, destruyen lo que encuentran a su paso, se comen las plantas. Ahora la hermana de Juvenal echa abajo, cuando se arrebató, lo que ella misma plantó o levantó. Durante el día Juvenal trabaja al frente, en el escorial, extrayendo carbón coke de la antigua Fundición, paleando la tierra en profundidad y arneándola. Y sale a la puerta de la pirca y conversa sobre una ancha vereda de ladrillos que antecede a su propiedad solitaria, enclavada al final de la quebrada de Carrizal, entre los cerros Pan de Azúcar y El Molle.

Al decirle a Juvenal Santibáñez que él parece hacer de portero entre la quebrada y el llano, inicia de pronto el relato de la CNI cuando estuvo apostada durante días frente a su propiedad, luego del internamiento clandestino de armas descubierto en Carrizal Bajo, en tiempos de la dictadura. *Apostada*, dijo. La palabra caía con todo su aplomo. Portero, dijo. Militares de civil, la CNI apostada al frente durante días, contestó. Se habían acercado al fin, a preguntarle por un vehículo. La ruta que sigue la quebrada vincula Carrizal Bajo con la Panamericana. Juvenal distingue cada vehículo que transita por ella, son pocos los movimientos y son espaciados. Los hombres de la CNI ya no están apostados, forman ahora una rueda humana en torno a Juvenal y preguntan sobándose las armas. Las preguntas giran como carrusel, cambian de tono mientras el círculo se estrecha. Juvenal describe ese círculo desde un centro angustiado. Hasta que acierta con una respuesta anodina sobre quién es él y qué hace y qué representan para él los vehículos que suceden por la quebrada, y el círculo se rompe, el círculo que oprime como puede oprimir un aro humano cargado de objetivo en medio de esa vastedad y ese silencio sin dirección.



Ahora han venido otros uniformados, del Instituto Geográfico Militar, a cronometrarlo todo, los nombres de los cerros, su ubicación, el apelativo de las minas, sus mensuras. Juvenal es solicitado por su conocimiento del lugar, pero también atiende a aquello que desconoce. Escuchó una secuencia de nombres de minas que lo hacen sonreír. *La Roca, La Pudiera, Los Lachos*. Más que nada conservó el verbo *cronometrar*. Llama así al saber que él domina sobre el lugar, a los modos de renovar su inteligencia de la zona. Cada primero de enero Juvenal Santibáñez toma la precaución, dice, de observar la posición de las constelaciones en el cielo, por ejemplo, el valarín que vemos nítidamente enmarcado por los dos frentes de cerros que conforman el final de la quebrada. Toma esa precaución, dice, porque la tierra se balancea. Debido a los tres movimientos de la tierra, la rotación, la traslación y el balanceo, todo cambia de lugar. Juvenal lee todo aquello que cae entre sus manos, a quienes se detienen en la quebrada les solicita periódicos recientes para completar su información. Mientras ausculta el mapa celeste que se tiende como río sobre la quebrada recuerda haber leído hace años la respuesta que dio el primer astronauta en expedición por el espacio ante la pregunta formulada desde nuestro planeta ¿ves algo? No veo, había sido la respuesta. Algo era dios, su cielo, su infierno. Juvenal Santibáñez no es creyente.

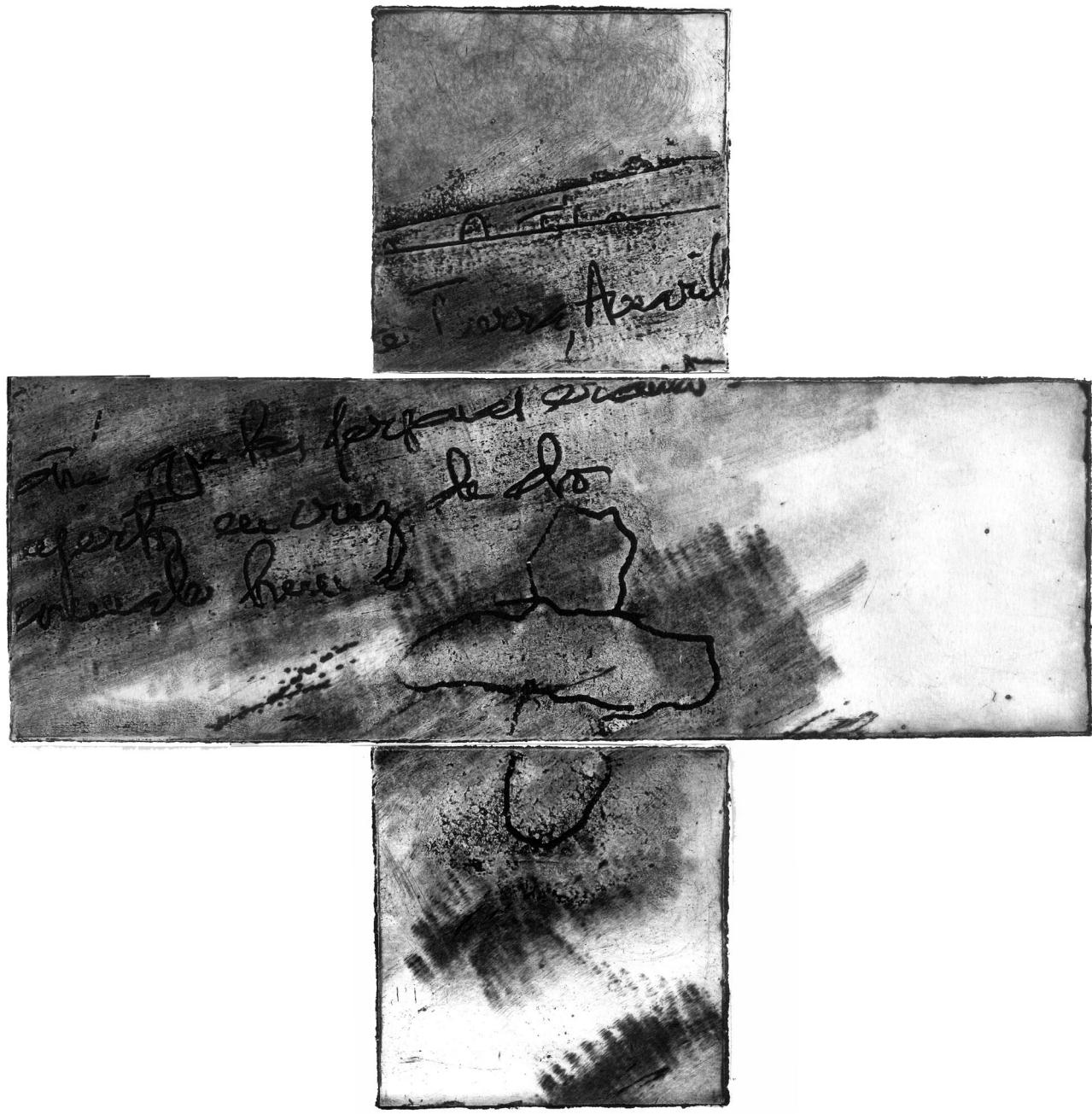
Juvenal Santibáñez, hijo natural de Polanco, como se presentó, precisa conocer y entender. Comprende mi deseo desmesurado de ahondar en las quebradas. A partir del escorial reconstituye arqueológicamente la planta del establecimiento de la Fundición y, más allá, la planta del pueblo de Canto del Agua. Sus excavaciones le permiten ver bajo la tierra: yo me hallo frente a un pedacero allí donde

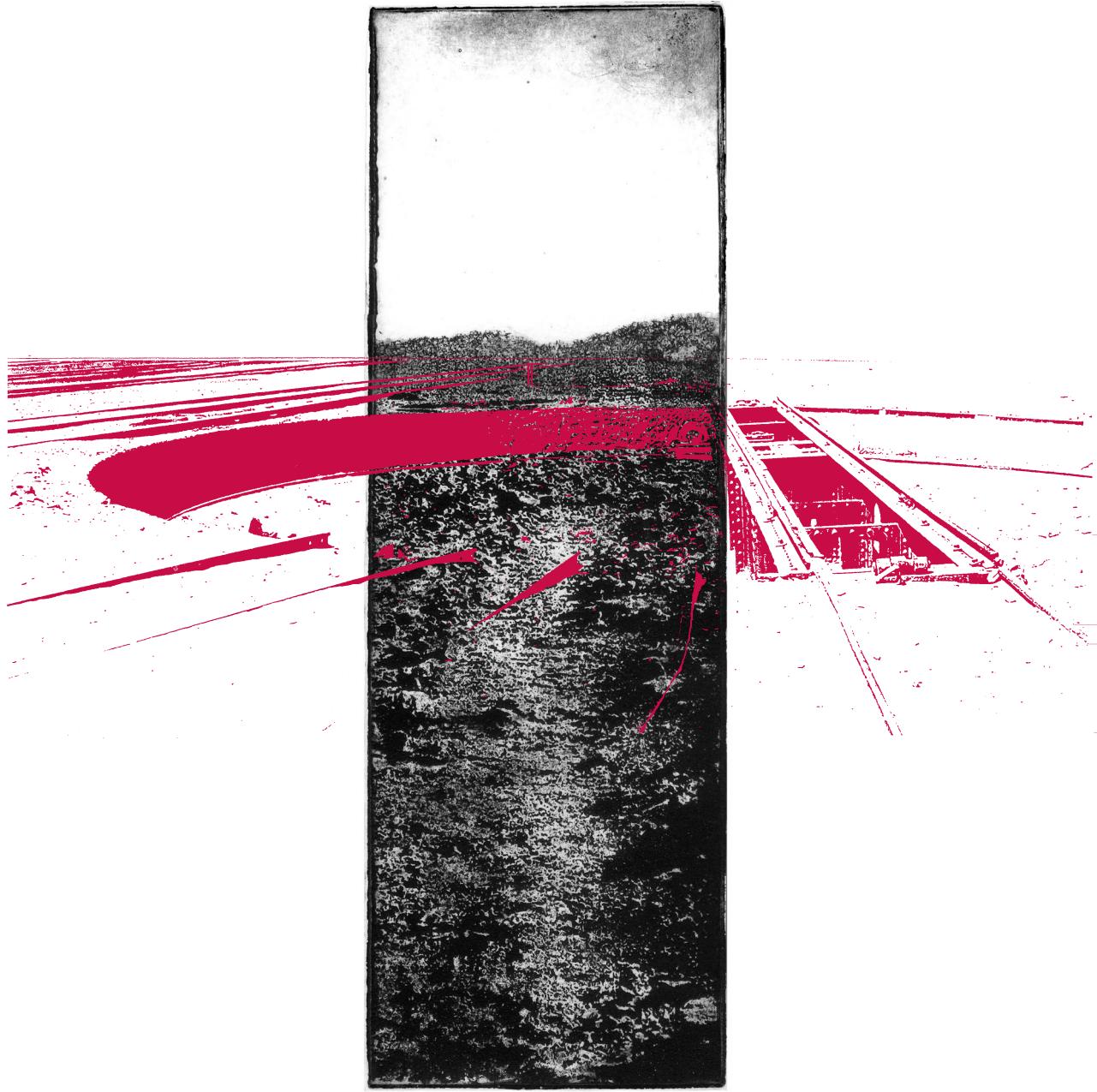
Juvenal distingue el trazado íntegro del pueblo. Me indica: la calle principal, una panadería y sus hornos, la joyería que sufrió el atraco de unos cuatros, la nave de la iglesia, la plaza, otra panadería, el telégrafo; del otro lado de la ruta, el burdel y el carnal, donde se beneficiaban y se carneaban los animales. Insiste Juvenal en la planta de la nave de la antigua iglesia, dibuja un bosquejo en la arena porque no la distingo y es el registro que él más ha trabajado. Juvenal Santibáñez entiende la curiosidad que me mueve, le remueve la tierra y construye mapas de una historia que sigue sucediendo. Me habla de su hermana como si yo, a mi vez, pudiera entender aquella obsesión. Escuchamos el silencio de su hermana y, a lo lejos, sus solloquios, mientras recorremos el predio pavimentado entre las distintas áreas de trabajo donde, dice Juvenal, ha llevado a cabo diversos experimentos: la fabricación de los molinos, el arado para la tierra, los arneros, la plantación de algodón, de olivares y de viñedos. Junto al antiguo maray que trabajaron con su padre político cuando eran pirquineros, Juvenal expone un montaje de las piezas de colección que ha rescatado en sus distintas exploraciones. Se trata de descifrar palabras en los fragmentos de loza de otros siglos que él escoge entre las rumbas de platos rotos, vajilla inglesa y vajilla de la Cámara de Diputados de Chile. Es un museo caótico y hay que descifrar palabras, juntar unas con otras, como ladrillos. Palabras: ladrillos refractarios.

Juvenal lee la tierra. Vive en la certeza de las ruinas de un pueblo que yo no distingo y habita frente a un escorial que no se percibe desde la ruta. Sólo aparece la entrada pavimentada a su predio, el magnífico espectro de una plaza inconclusa lanzada por su hermana desde la puerta de la propiedad hacia el espacio abierto, perpendicular a la quebrada Carrizal.

QUEBRADA DE LOS LOROS

Soñé en Tierra Amarilla que las personas éramos injertos en cruz de dos animales humanos.





QUEBRADA DE CHAÑARAL

Finca de Chañaral

Aquí, en la Finca, hay unos hoyos, muchos decían que eran cementerios pero no son cementerios, son casuchas que ellos hacían. Le ponían monte primero, un monte que hay allá arriba que es verde, le llaman brea. Luego le ponían barro, lo embarraban, como la espalda del horno que está aquí, así lo hacían. Con el filo de los años seguro vino el aluvión, la lluvia, eso se aterró, y ahora como han visto esos montones han pensado que son cementerios, no, no son cementerios. Se asentó, entonces al escarbarlo sale el barro y abajo del barro la capa de monte, se nota que tienen que haber sido rucos.

Conozco todos los cerros. Éste pertenece a Puntunchara, en éste otro hay unas minas que se llaman La Cuchara, La Islita. Por este lado pertenece a Puntunchara, por el otro pertenece prácticamente a la Rincón, a la Quisco, un mineral grande, la Gallo está un poco más allá, están divididas por el bordo del cerro. El bordo es la mitad del cerro, como el techo aquí. Si es angosto es un zanjón, si no, es una quebrada. Arriba le pusieron bordo de Varas, porque si usted lo mira de lejos ve una pampa, pero si usted llega ahí, arriba, ve que la pampa tiene una quebrada. Claro, por acá hay unos cerritos más altos, pero el bordo de Varas es un bordo pelado, con una tierra blanca, es limpiecito, como para sembrarlo, porque no hay ni piedras.

Domingo Pérez Zepeda

EL CAMINO DEL INCA

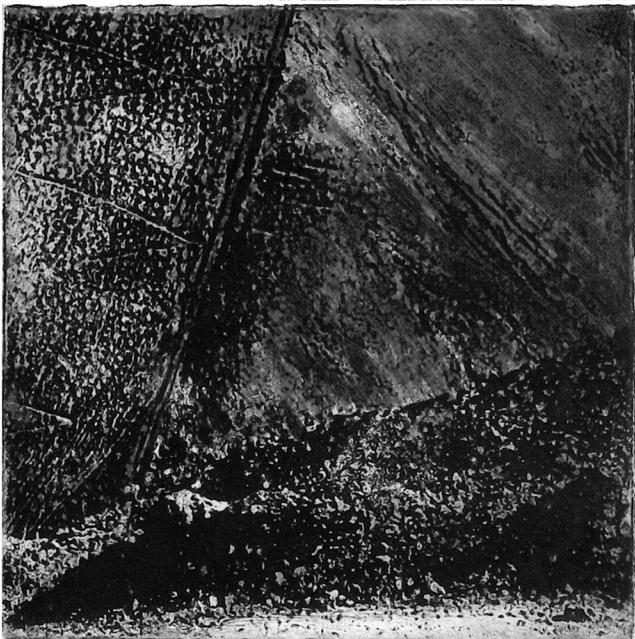
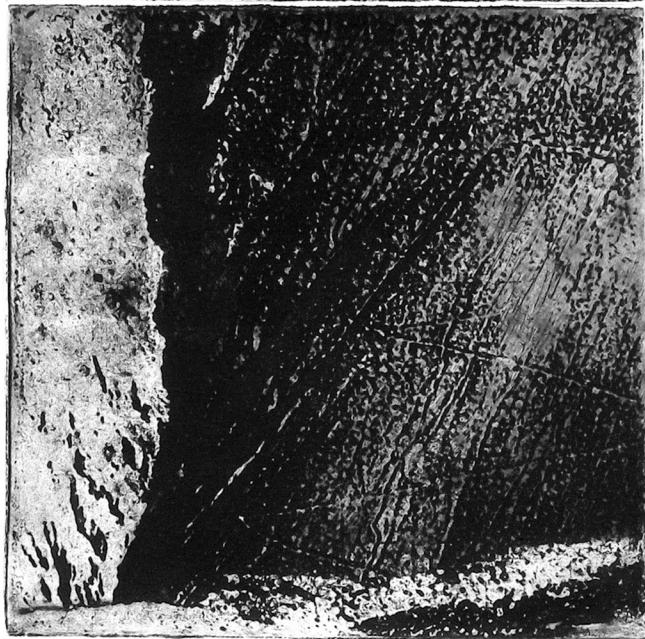
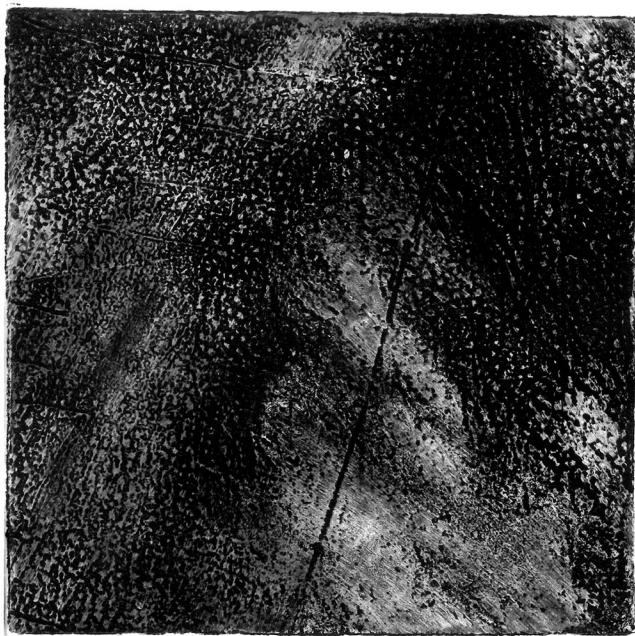
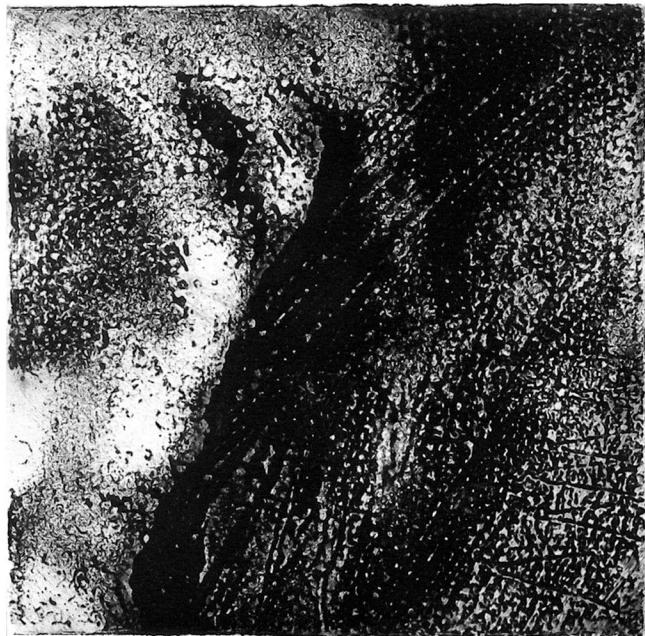
Si usted sube de aquí de la Finca más o menos unos seis kilómetros hacia arriba, descuelga hacia Inca de Oro. Ahí tiene usted una cruz grande, pasa hacia el Poniente, más o menos por unos quinientos metros, se tira derechito por arriba, pasa por unas minas, las llaman Las Guías, y se tira a Tres Puntas, de ahí pasa por el desierto de la mina Ema hacia la cordillera, a la parte alta, cruza al cerro de la Chinchilla hacia la costa. Ahí hay unos cerros medianosos, ese cerro que de repente está aquí y de repente se corre, es así, la tierra se corre. Pasa por la orillita y va a dar a Juan Godoy y de ahí va a salir a Pedro León Gallo, después a Copiapó.

De la Finca hacia el Norte, a pie, usted no tiene una parte recta. A un kilómetro, más o menos un kilómetro y medio, de ahí sale directo, al costado de un cerro, más o menos como ése pero más piedrudo, donde hay una quebrada que entra para arriba. De ahí se descuelga a otra quebrada y cruza una huella que está para La Polola, después cruza la mina La Abundancia, más o menos a unos cuatrocientos metros para abajo y se tira derechito al portezuelo de Topón Azul y de ahí se descuelga a Potrerillo, cruza, baja a la quebrada, que es una quebrada áspera, y cruza por el río Sal al Poniente y al cerro de Salvador hacia el Naciente. De ahí no conozco más.

Domingo Pérez Zepeda

PASAJERA V

El paisaje está lleno de ojos. Son ellos la memoria de un lugar, miradas que se agazapan en las distintas perspectivas, en los encuadres ofrecidos por la inmensidad y que chocan contra los cerros o rastrean una quebrada. Cada mirada buscaba algo. Ese algo es el forado que veo en el paisaje, es lo que en él me vence.



QUEBRADA DEL SALADO

Cecilia Ramos Jerónimo jugaba con el teléfono a manivela de la Estación de trenes en la quebrada del Salado.

Cecilia Ramos Jerónimo muestra los peoquenes en el bofedal de la quebrada del Salado.

Cecilia Ramos Jerónimo sabe cuántas cabras pueden alimentarse en las vegas. Los padres de Cecilia Ramos Jerónimo bajaron de Pedernales donde también criaban cabras. Le han dicho que el lugar se llamaba Bórax. Cecilia Ramos Jerónimo no conoce el Salar de Pedernales pero imagina la oscuridad inmensa que se ve allí de noche.

Cecilia Ramos Jerónimo dice que es coya. Alcanzó a conocer a su bisabuela Estanislaba Jerónimo. El apellido Jerónimo es coya. Cecilia Ramos Jerónimo dice que ella dice con orgullo que es coya. Que antes estuvo todo en silencio y se perdió el conocimiento de los coya.

Entre Diego de Almagro y la quebrada va a vivir ahora Cecilia Ramos Jerónimo, porque su hijo entra al colegio. Ella estudió en Potrerillos. Subía todos los días con el bus de los trabajadores. Trabaja en una casa particular en El Salvador, también sube con el bus de los trabajadores. Cecilia Ramos Jerónimo siempre ve en un cerro de la carretera hacia Diego de Almagro la forma de un gato acostado. Dice Cecilia Ramos Jerónimo que en su casa en la quebrada se escuchan los zorros chillar, que cuando se están apareando cantan.

Es cantarina la voz de Cecilia Ramos Jerónimo en esta quebrada áspera.

PASAJERA VI

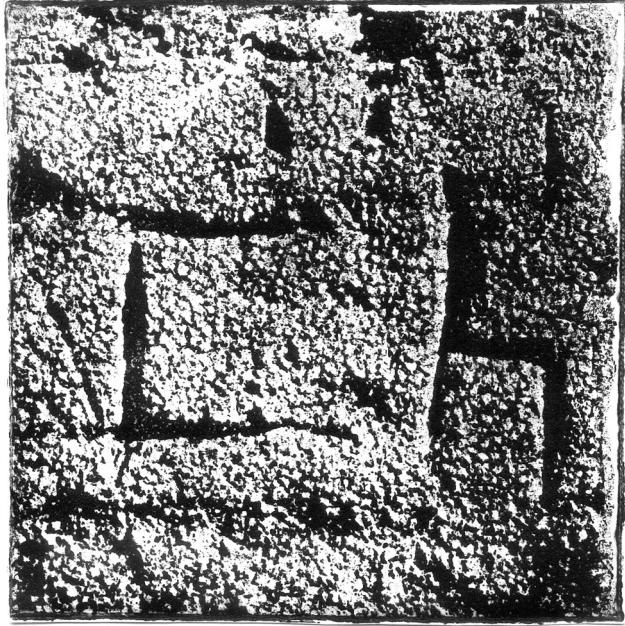
En el Salar de Pedernales los lugares se mueven. Dormí en la sensación de encontrarse nuestro campamento fuera del recinto de Bórax, en los extramuros, y él sintió que dormía con la puerta de la carpa contra el muro de las ruinas.

El recinto dentro del cual nos guarecimos es en piedras de tiza rosada interrumpidas a ratos por bloques de roca negra. Custodia huesos de guanaco que aún llevan pelo en los extremos, clavos de la fábrica inglesa, pedernales que sacan chispa al entrechocarlos en la oscuridad de la noche y grabados en el adobe de la franja superior de los muros. Nuestro piso es arena, no se encuentra pavimentado con piedras oscuras como la terraza más alta.

Soñé los flamencos que no hemos visto. El primer plano que abarcaba todo el cuadro de mi sueño eran las patas, patas de flamenco rosadas y vivas. El zoom se centraba en la articulación de los huesos de sus patas en movimiento, muy distantes de los huesos de guanacos muertos esparcidos por la arena. Juvenal Santibáñez le tenía nombre a la calavera del burro que había sido suyo y la consignaba entre las piezas de museo que amontonaba en su predio. La calavera del guanaco es anónima aquí, contra el muro del recinto principal de Bórax en Pedernales. Salí de la carpa en plena noche, había olor a orina y escuchaba pasos de animales a lo lejos. El cielo no estaba hondo, a las estrellas les costaba brillar en aquella bóveda grisácea, de negro pálido como una aguafinta que no fue mordida suficiente tiempo por el ácido. En ese cielo bajo e irregular vi, vi las zonas oscuras que envolvían algunas estrellas, vi que formaban formas en el revés de las estrellas, formas a las que no di formas. No quise buscar a la llama amamantando a sus crías, ni su leche, ni la vía láctea. Desdeñé la palabra *yakana*, me asustó hallarme tan lejos con un cielo poco ancho.

LAS RUINAS

Las ruinas rara vez son cerradas, tienen huecos que se ama recorrer. Por eso las ruinas, no por otra cosa.



LA MATRIZ

El aluminio no posee memoria, es blando, cuesta que permanezca una traza bajo la nueva mordedura del ácido. O tal vez aquella blandura le confiera otro modo de memoria, una susceptibilidad que lo vuelve alerta a lo inmediato. No se lo puede pasar a llevar, registra el gesto mínimo de un error, una punta seca que se cambia de lugar, otra plancha que lo roza inadvertidamente, todo lo raya y ensucia el trabajo. Ensucia por lo mismo que el aluminio es blando, que no resiste la borradura completa, nunca retorna al blanco.

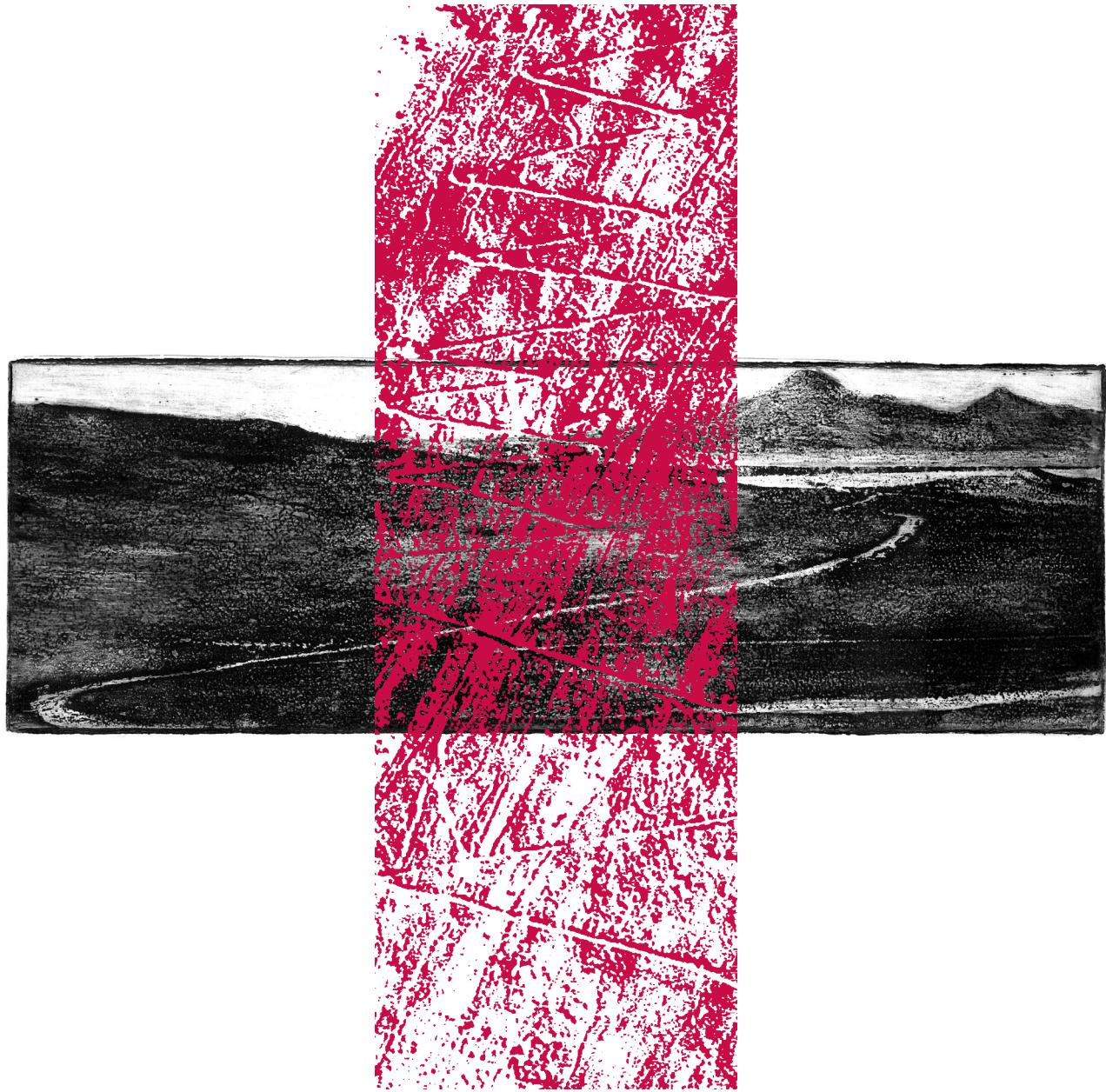
El Norte no es la pampa y la pampa no es el desierto, sin embargo lo desértico del Norte es su escritura entornada, no fatiga ni agrede como el libro de las ciudades que fuerzan a contradecirlas, páginas y páginas por responder, hojas y hojas, capítulos enteros de anotaciones al margen, de tarjar, de leer entrelíneas, de hacerme cuerpo con sus dichos para atravesarlos en el modo de la distancia que permite ir allende su afanoso cuaderno.

Prefiero corregir las inscripciones en la matriz de grabado.

El ácido grabó por sí solo un bordo en el revés desprotegido de la placa que trabajo. En otro inscribió un cerro empinado, semejante a los farellones que

rodean Potrerillos vistos desde la otra ladera de la Quebrada del Salado. El espejismo de la blanca ciudadela industrial se encontraba también envuelta en las emanaciones del ácido nítrico que la hicieron desalojar y yo leía este espejismo contaminado junto a la diseminación de las comunidades coya que abandonaron Potrerillos.

Es temible el ácido. Carcome hasta perforar. Su ebullición acelera el desgaste que se concentra en las zonas permeables. Cuando éstas son frágiles recubro la brea con barniz blando, la manteca lo hace más resistente. Bajo la mascarilla y empecinada, las manos enguantadas y febril ante el efecto del ácido obrando en la obra siento la transpiración salada en torno a la boca, recuerda la sal en los momentos del amor, la misma tensión, la misma atención sujeta a una esquina de la carne que se expande hasta delirar. Delirio salado y sin forma, trasladándose de un puerto a otro, carente de nombre. No choca con lo conocido, salvo para volver en sí. Es el momento en que retiro la matriz del líquido corrosivo para observarla a la luz. Extiendo un dedo y palpo el nuevo relieve. No sé en qué dirección escribe este signo su alfabeto, no sé siquiera si escribe, pero deseo escribir.



CALAMA

No es una quebrada, Calama, pero es un hito. Puede que la mina a tajo abierto de Chuquicamata sea su propia quebrada, una quebrada que la mina abre y cierra a voluntad, acoge, expulsa y tapia la vida de sus habitantes. Calama es un hito junto al Loa y el Loa es un río que juega con las coordenadas, desdice lo transversal y contraría geográficamente el damero. Las mujeres de Calama dicen que Calama es una U porque es la forma del río Loa, es como un trapecio. El hito de Calama es ser lugar obligado de paso hacia las quebradas. La U tiene una apertura y un fondo donde pueden aposarse relatos, las mujeres de Calama no cesan de ser historia, saben que todo lo vivido lo es, que es suya, que las palabras son para quedarse, poseen un fondo.

Muchos viajes, por ejemplo, van a dar a Calama. En 1905, 1915, 1930, 1945, 1953, las familias de las mujeres de Calama llegaron de Ovalle, de Cochabamba, de Antofagasta, de La Paz, de Santa Cruz, de Tucumán. Vinieron en tren o atravesaron la cordillera montadas en burro. De seis hijos en una familia, cinco entraban a trabajar a Codelco-Chuqui. Para dejarlos entrar a la mina les abrían la boca y veían si la dentadura estaba sana. Otras familias compuestas de mujeres, como los Martínez, le entregaban a la Chile Exploration Company 300 overoles semanales para sus trabajadores. Para dibujar un mapa de su memoria las mujeres de Calama dicen que hay que tener un punto de partida y demarcar la cordillera ubicando el San Pedro y el San Pablo, los dos volcanes gemelos, y el Licancabur. Antes de llegar a Chiu-Chiu se encuentran los dos ríos, el Loa, dulce y de agua para beber, y el Salado. Las mujeres de Calama conservan en la memoria numerosas fechas. La Población Arturo Prat corresponde a un terreno tomado el 20 de mayo de 1960, Rosa Rivas, una de las mujeres de Calama, dirigió esta toma y la de la Población 21 de Mayo.

Dicen que en los conflictos de trabajadores en Chuqui se caminaba por la Avenida Granaderos dieciséis kilómetros hasta Calama, los hombres con sus bototos y las mujeres sólo con zapatos, que los trabajadores se sentían orgullosos que las mujeres apoyaran los movimientos. Aunque los Patas Con Tierra, los que no

trabajan en Codelco y viven enterrados en la tierra de las poblaciones, como ellas, salen a gritarle a los marchantes: Piojos Hinchados. Dicen que se está dentro o fuera de Codelco, que Codelco es la clase privilegiada, provoca diferencias de clase, confrontación con el mundo popular que es distinto. También dentro de Codelco hay diferencias, entre el Rol A, con sus tres clases, y el Rol B. Que antes había Rol C, lo peor. La mina a tajo abierto es un remolino en el mapa de las mujeres. En el Estadio techado se hacían las reuniones con los trabajadores.

En la Escuela CGR estudió Rosa Toro y en el techo de esta escuela acribillaron a varios jóvenes universitarios en el año 1973. Una de las mujeres de Calama estuvo presa, todas guardamos silencio, las mujeres de Calama adivinan lo que significa haber estado presa, que no hay relato para aquella memoria. En 1988 hubo la marcha por el NO. El 1 de mayo del 2002 tuvo lugar la Protesta de los calameños cesantes, María Barrientos es presidenta de la Agrupación de Cesantes. En el mapa de Calama consignan el cementerio indígena, la Fosa Común, la animita de la Botitas Negras, una prostituta asesinada por un taxista, y el Monolito de Topoter por el combate en la Guerra del Pacífico del 23 de marzo de 1879. Cuentan que se aparece La Llorona, una mujer que se mató con sus hijos a causa de la infidelidad de su marido con mujeres de los Buques de Chuqui. Que no se agradeció a la Pachamama para la inauguración de la Mina El Abra y hubo tres accidentes, que se pidió challar y que cuando lo hicieron se detuvieron los accidentes. Que antes existía el Sanatrón, se juntaban restos de salitre en el cerro y se quemaban. Que en la Fiesta de la Primavera se le ponen pompones a los animales.

Las mujeres de Calama se llaman María Barrientos Barraza, Eloísa Galleguillos Iraola, Caren Marey Vera, Angelina Martínez Leiva, Sandra Pérez Herrera, Rosa Rivas Robledo y Rosa Toro Rivas. Dicen que Calama es un laberinto de callejuelas estrechas, que las calles son angostas y chicas, cortas. Que se les llama los Tapamugre a los departamentos que esconden la pobreza. También dicen que en el subsuelo hay pantanos, que era zona de pantanos antes.

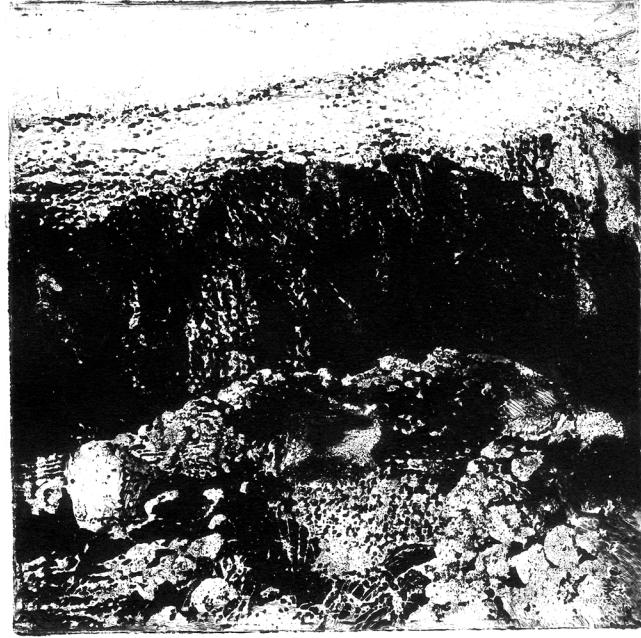
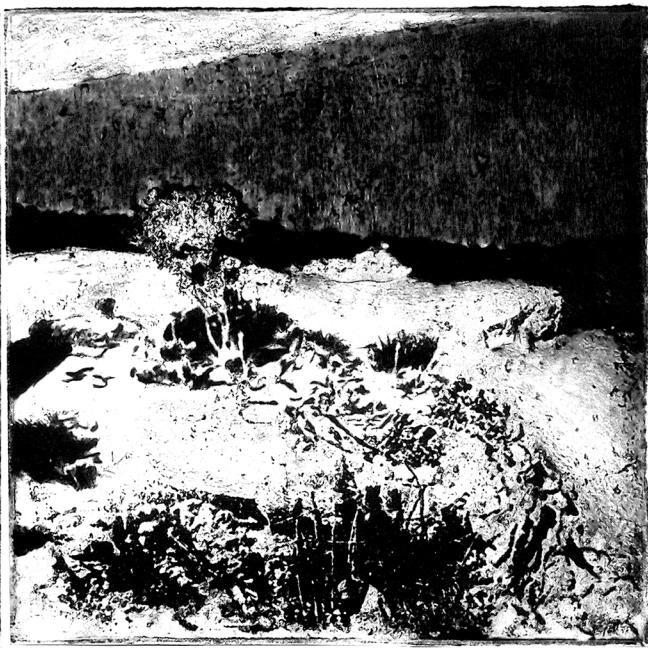
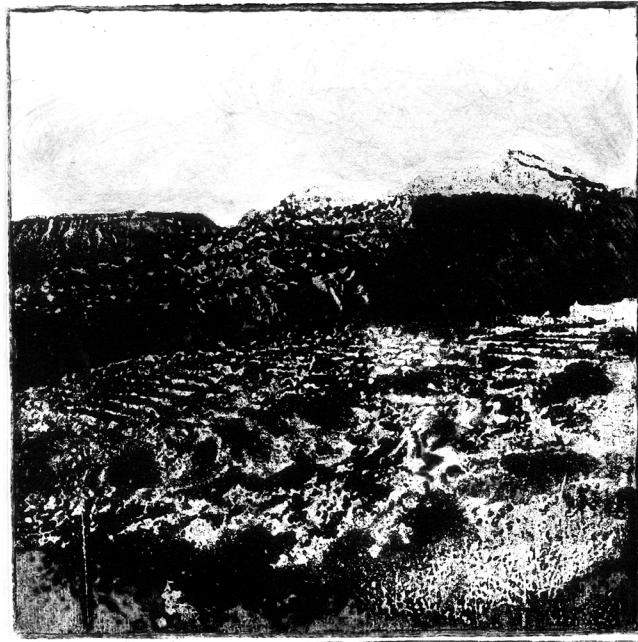


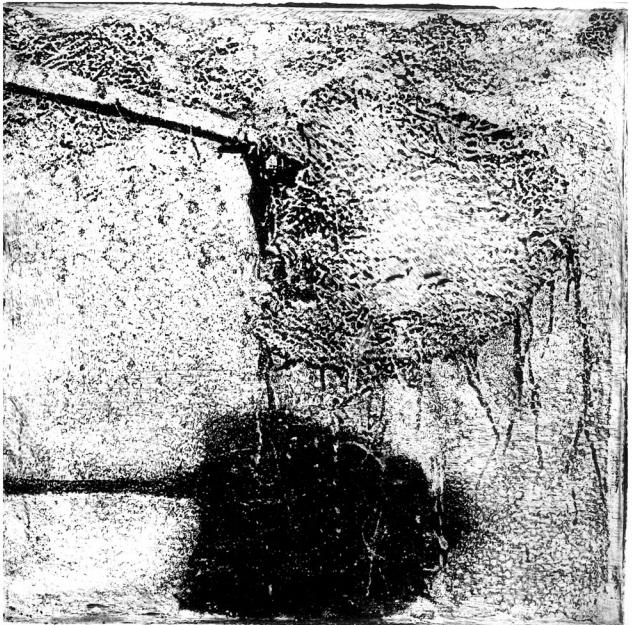
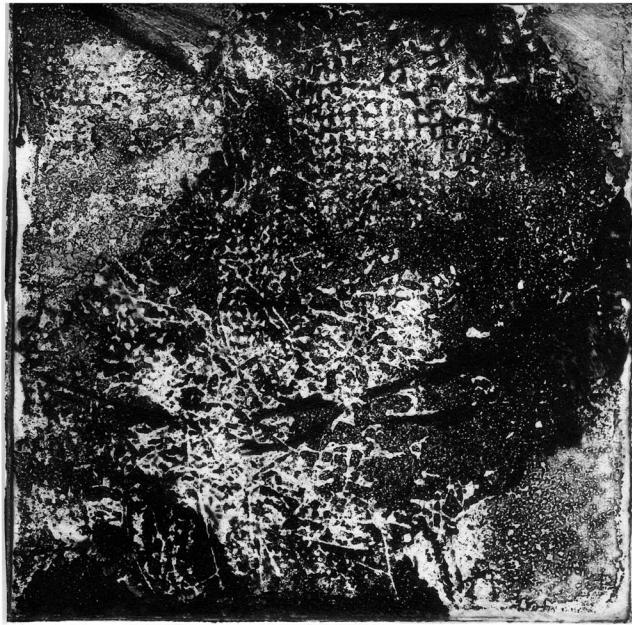
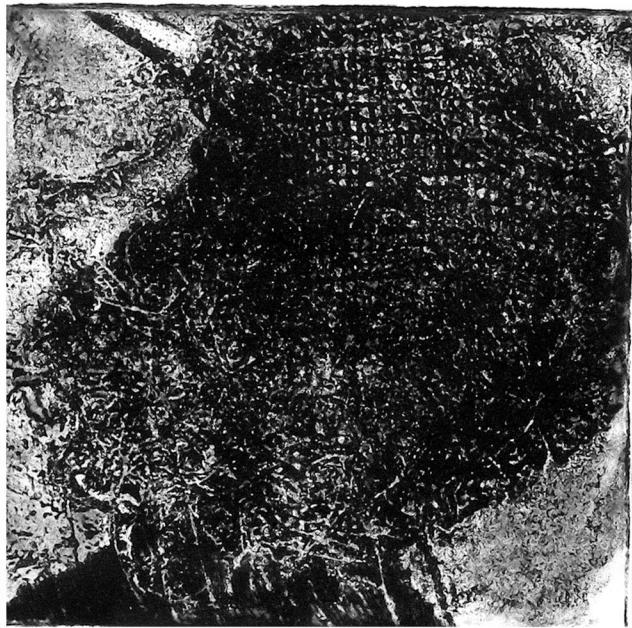
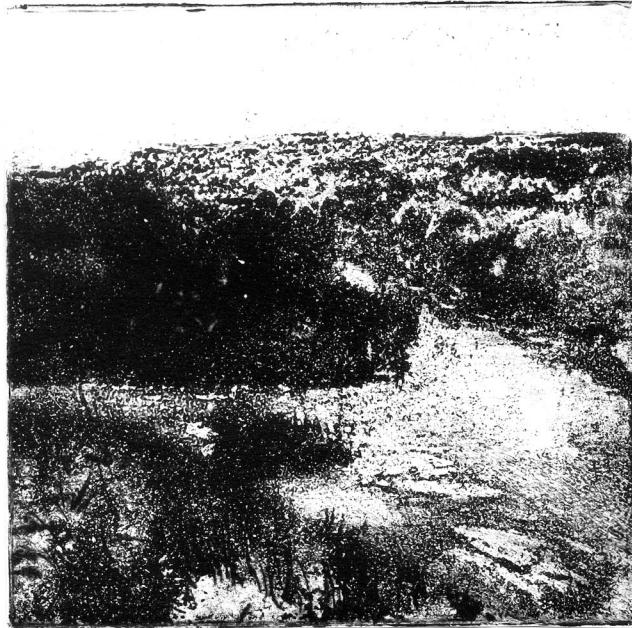
QUEBRADA DEL LOA

Dos niños de Chiu-Chiu introducen sus coladores en las aguas musgosas del Loa en búsqueda de pumpuyos, dicen que es carnada para la pesca de truchas un poco más abajo, en el Salado. Uno de los coladores ha sido confeccionado con una malla amarilla para cebollas y limones. Dicen que *pumpuyo* se escribe con y. Al internarme hacia los pueblos del Loa las quebradas plisan el mapa, grieta del río Salado, del Turí, del Toconce. El piso no es más que una plataforma, se resquebraja y surge más abajo el verde, terrazas de cultivo y vegas. Irene Yere dice que tuvo suerte de *terciararme* con ella. Vengo escuchando el verbo terciarse desde Finca de Chañaral hasta Tarapacá, pero nadie lo conoce como Irene Yere que se mueve en la intersección de varios pueblos del interior. Vive en Calama y vive en Lasana. Cuando su marido Francisco Pérez Yufila, paisano de Lasana, tiene descanso de Codelco van para allá, pero también va sola o con los hijos. Debe regar las plantas, no puede dejar de ir. Tienen una casa en el bajo, cerca del pukara, y otra en el alto, apartada del pueblo, en Punta Blanca. Desde arriba se domina todo el valle del Loa, las siembras, el agua que cae junto al molino, los canales, los hombres a lo lejos arando con un caballo, un cuerpo o un vehículo que se mueve. Desde la ventana de la cocina Irene Yere me invita a sapear. Se escucha el agua que corre. Abajo, en el valle, mucha gente se ha ido a Calama y ha dejado de sembrar, se ve sobre todo la maleza de la brea, la chilca junto al río y la cortadera de donde se saca la cola de zorro. Irene Yere tiene un retamo, claveles, rosas, margaritas, lavanda, cardenales. Las violetas se le secaron. También se le han dado perales, olivos, limones, naranjos, un damasco, un níspero, un tunal. La higuera tiene algunas hojas amarillas. Los membrillos son los más frondosos, uno de ellos tiene carga. El manzano se secó pero tiene un brote verde, no lo va a arrancar. Ahora quiere plantar una palmera, ahí, al lado de la casa, en la cima del promontorio. Desde la punta del promontorio la casa y el jardín parecen marcar una frontera entre el valle verde y el paredón rocoso de la quebrada con su piso arenoso y árido. Es el único jardín en el valle. Irene Yere es oriunda de Toconce, le digo que se llevó las terrazas de cultivo a Lasana. Ella misma juntó las piedras y apisonó la tierra entre las rocas del promontorio. Más adelante quiere drenar agua del Loa con una motobomba para que las plantas crezcan más rápido. Saber del tercio exige pensar constantemente, pensar dónde llegar, cómo alojar a todos, cómo pagar. Hay que saber ir al Carnaval, a la limpia de canales. A rezar. Para la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe Irene Yere tiene

casa en Ayquina pero todavía no la ha podido techar. Para la procesión desde Ayquina a Toconce tiene terreno en su pueblo pero no ha podido construir. En Conchi tiene sólo una pieza construida, la usa para la fiesta de la Virgen del Carmen. En el pueblo de Lasana, en el bajo, los muros de la casa los levantó un maestro con piedra de Caspana y su marido acaba de techarla. Ya puede llegar ahí el Baile Tinkus que formó Irene Yere. Tiene que pensar en cómo pagar la deuda a la banda Carismática Super Premiere de Calama. Pensar en cómo volver a Oruro a comprar más trajes para el Baile, ahora van a ser cerca de cincuenta integrantes. Pensar en cómo pasar por la aduana las monteras para los danzantes, no las dejan entrar porque son de cuero animal. Tampoco las sonajeras de pesuñas. Quiere que el baile tenga un segundo traje, de color verde petróleo. Las plumas son más baratas en Bolivia. Las cintas que cuelgan del sombrero de las mujeres las cosen las integrantes del Baile. Tiene que pensar en traer más música de Tinkus de Bolivia, en bajar algunas bandas de música de internet para aprender nuevos pasos en los ensayos. Sobre todo, tiene que ver cómo pagar la deuda a la banda. Ver cómo paga el santuario que mandó a construir en Toconce. Algo de dinero le llegue tal vez al rezar para el Día de los Muertos. Irene Yere es rezadora. Se sabe el orden de los rezos y el tono de cada uno. Tiene un cuaderno donde los copió y otros los aprendió con los más viejos. Hay veces que la gente no la toma en cuenta porque cree que sólo pueden ser rezadores los hombres. En todos lados hay envidia. Lo que hace Irene Yere no es para lucirse, aunque ella es la única en llamarse Irene, la única de apellido Yere entre sus hermanos, la única en tener un jardín en Lasana, la única rezadora en Toconce. Lo hace por fe, por darle lo mejor a San Santiago, patrón de Toconce. Hizo la promesa de formar el Baile cuando estuvieron enfermos sus hijos. También los llevó al médico y consultó con alguien que le indicó que una persona les había echado un mal. Al escarbar la tumba de su hermana encontraron enterrados dos huevos con ataúdes de miniatura adentro para que la hermana difunta se llevara también a sus dos hijos. En todos lados hay envidia y la maldad existe, dice Irene Yere.

Irene Yere cree que me interesan las leyendas y dice que no se las sabe bien. Aunque le digo que no busco leyendas me cuenta que la laguna Inca Coya tiene que ver con una princesa triste y un rey que no volvía. Lo que sí sabe Irene Yere es que los hombres que van solos a la laguna Inca Coya no vuelven, se los traga la laguna, que es mujer.





LOS NOMBRES

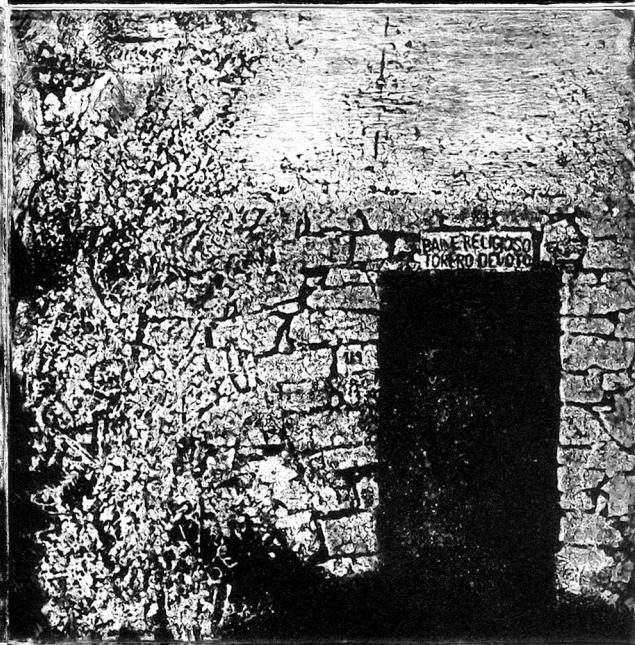
Francisco Pérez Yufra, dice su señora Irene Yere y dicen sus hijos, le cambia el nombre a todo. En la casa del alto en Lasana Francisco Pérez cuenta cómo es la limpia de canales en su pueblo, y cómo es el Día de los Muertos y cómo es Carnaval. Irene y Francisco dicen que es distinto en cada pueblo. En Lasana la comida que se ha servido al finado queda ahí por varios días, los invitados tienen que comérsela tal cual, mientras en Toconce, dice Irene, se prepara a diario la comida favorita del difunto. En los dos pueblos se queman al final los restos de la comida. Algunos ven en el humo quiénes van a morir después. Hay veces que no se ve nada, dice Francisco Pérez. En Lasana hay Yungas y en Toconce no. Los Yungas son los que van a quemar y cuando vuelven son otros, con otro nombre, dice Francisco Pérez. El nombre que eligen es picante, todos lo saben y les preguntan ¿cuál es el apellido? Para Carnaval, asimismo, el Viejo y la Vieja ya no son ellos al llegar, dice Francisco Pérez, son carnavales.

Juan Pérez, hermano de Francisco Pérez, vive en Lasana. Su hermano lo llama así, Juan Pérez. *Ahí va Juan Pérez*, dice Irene Yere mirando los movimientos en el valle desde la ventana de la cocina. La hija de Irene y de Francisco dice que su tío, Juan Pérez, es el hombre más famoso en el país.

LA MEMORIA

Es distinto mirar los mapas cuando en sueños ha aparecido la frase *Las Cordilleras de La Lengua*. Recién entonces emerge la calle Prat en Ayquina, emerge con violencia. Ayquina se escribe con y, me dice Margarita Ayavire en Ayquina. También me dice que podría ir para el Día de Los Muertos, que no pasaría hambre, en todas las casas dan de comer, mucha cazuela.

Si no fuera por el nombre de los bailes grabados o escritos con spray en algunas puertas de Ayquina, parecería un pueblo deshabitado. Si no fuera por el orden de los verdes al fondo del cañón. Si no fuera por el Museo de Nuestra Señora de Guadalupe. Si no fuera porque conozco la dicha en el desplazamiento hacia las fiestas, en La Tirana, en San Lorenzo, la dicha y la nostalgia en el retorno colectivo desde María Helena a Pedro de Valdivia, la dicha del encuentro en el desplazamiento de las Pampillas, del reencuentro en la pampilla de churrumatinos expulsados diecinueve años atrás del pueblo que enriqueció a Andacollo. Si no fuera por los cementerios floridos pampa adentro, por el cementerio de Ayquina cuyas flores se destiñen en la intemperie del exacto reloj que traza un año solar, el pueblo parecería deshabitado. Si no fuera por los candados en las puertas de las casas de Pedro de Valdivia y de Ayquina, parecerían ruinas, serían museos de sitio o lugares de memoria. El agua de los embalses, la torta y la turbia de las compañías mineras son las únicas sepulturas que arrebatan candados, pintura y flores de las manos volviendo definitivamente deshabitado un lugar. Sus habitantes los pueblan de otro modo, viven aquí y allá, la memoria suya es movediza, como el agua, apegada a los lugares de agua. Yo también estuve en nuestra calle. En los límites del pueblo, como de costumbre.



LA MATRIZ

No doy con el Loa, un río misterioso, aunque su misterio sea sencillo, es pequeño y se camufla entre la chilca y las algas, la espuma que produce el agua al contornearlas lo disimulan verde entre los verdes de las vegas. No doy con el Loa, cuesta diferenciar en la plancha de aluminio el blanco del agua del blanco más blanco de la espuma y resaltar su suave curso entre las hierbas. Es difícil recordar en la textura la forma aparentemente lenta que tiene de fluir. Bruño su suave caudal sabiendo que es el río más largo del país y que atraviesa un desierto. No busco verosimilitud aunque debo hacer con ella. Busco el lugar exacto de una luz que despierta la imagen en el aluminio. El río Loa me ha forzado a lavarme las manos y pasar bruscamente a la zona limpia de la escritura, el río Loa me fuerza a escribir, tengo humedad. A mi costado el bidón de ácido parece un animal amaestrado, sé que todo el desorden del taller y el silencio de las herramientas no me obedece. El misterio del Loa se dobla en la imagen porque es el lugar en que confluyen el Salado y el Loa, una punta de diamante geográfica y un punto del mapa insignificante en la imagen que, encontrándose una en aquella intersección, posee la extrañeza de los lugares inexplicables, es irrisorio e intimida a la vez. Al sur de Chiu-Chiu, en un descampado que es tierra de nadie, el río Salado se vuelca en el río Loa. Todo parece bajo, plano y sin embargo es un acontecimiento.

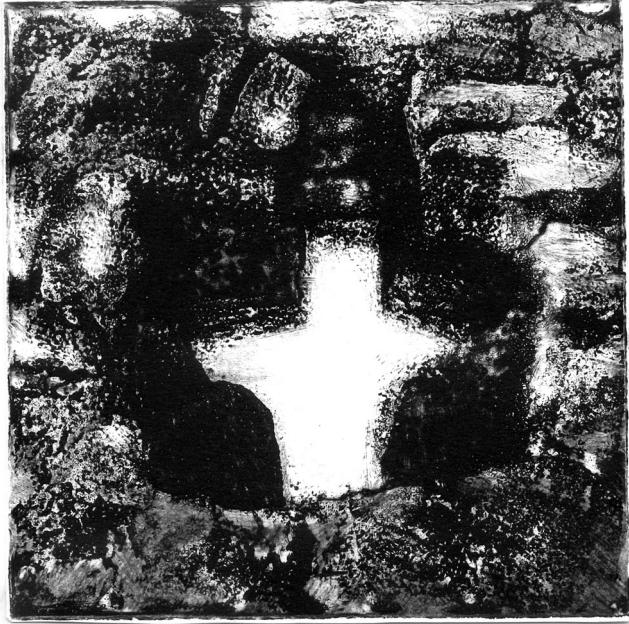
También sucede que repaso el jardín de Irene Yere en el promontorio de Lasana, las líneas ondulantes de la manguera que lleva el agua por goteo, el contorno de las piedras y rocas de sus terrazas que se confunden con las piedras y rocas de los acantilados de la quebrada, confusión que no importa si no fuera porque entre ambas se encuentra un jardín. Repaso la breve y entrecortada ondulación de las enormes terrazas de regadío en Toconce vistas desde lo alto. Ante la grandiosa perspectiva siento que me hallo frente a un puzzle, cada detalle cumple su maña coleccionista y debo, entonces, alejar el fetiche de la panorámica porque todo, todo pudo ser fotografiado y no llevo registro, sino una huella más grabada en mí.

En cambio, todo es piedra. Soñé de las piedras como separación, soñé las piedras de la separación. Es cierto, las pircas delimitan, los pukara están compuestos de muros defensivos, las apachetas señalan la partición entre lo conocido y lo desconocido, en el pukara el montículo geométrico de piedras al centro de un recinto señala el apartamiento del rito—es una mesa ceremonial, me dijo Irene Yere—, y las trojas—los intersticios entre las rocas reforzados con piedras, en el pukara y en el promontorio de su casa—son lugares de almacenamiento de víveres, piedras que dividen la alimentación en tiempos, un presente y una reserva. Sin hablar de otras maneras de piedra y de la superposición de formas de separar, las distintas dominaciones en la historia aplastando un modo y desdiciéndolo, o construyendo su modo sobre las bases del otro modo, aprovechando y apropiándose el esfuerzo anterior del acarreo, del labrado, de la fatiga y de la conmoción en ensamblar piedras que separan.

PASAJERA VII

En los viajes duerme el sueño sobre superficies inimaginables, sobrevuela océanos, salares, cordones montañosos. Atraviesa puentes, viaductos, líneas férreas, desvíos de tierra en una carretera y parece no inmutarse. El sueño se deja transportar y su planicie se funde con la cáscara del paisaje, ambas son láminas que se dejan remover, rasguñar.

El llano de los sueños posee varias dimensiones, gira a veces sin orden aparente, sufre vuelcos, bruscos cambios de escena, al igual que la bandeja de la pampa que vive en la quietud de sus accidentes geológicos—fisuras, lava derramada, aparición y desaparición de aguas—y del volumen intangible de los colores que la recorren.



QUEBRADA DE TARAPACÁ

Fiesta de San Lorenzo

Otras manos le tejen las trenzas. Ella se está quieta, sentada en un piso, la cabeza a la altura de aquellos dedos. Se ha lavado recién el pelo, ella lo ha desenredado y cepilla ahora la densa cabellera que siente colgar en el movimiento de los brochazos regulares sobre su espalda. Mediante el primer diente del peine lleva a cabo la partidura. No son ya greñas ni crenchas. El cabello está lo más liso que darse puede. Pende como una sustancia. Son madejas brillantes, se tomasolean a la luz y, hasta hace un rato rebeldes y sueltas, se ciñen ahora a un diseño sólo para traspasar esa locura al cuerpo que desea bailar. Otras manos lo hacen por ella, atarle el cabello. Reunir las madejas en nudos lucientes, a un lado y otro de la raya que separa su cabeza en doble atuendo, una corona partida que nace de adentro. De la alimentación, del respiro, del corazón que bate le brotan esas hebras.

Otras manos las hilan en ella. Mientras le tejen las trenzas en el eco del casco su sosiego fabrica un espejo y siente, siente la forma que va en adorno suyo, siente aquel tocado, se va tramando con él, entrelazándose en el envés y revés con el haz de los cuerpos que vienen a su encuentro y que ella, ya trenzada, quiere prolongar.

En la costa de Iquique, escribe Francisco Gallardo, fueron encontradas unas figurillas Chinchorro manufacturadas con una mezcla de arena y cenizas, en las cuales destaca el tronco, sin extremidades, y la cabeza, donde se han modelado con cierto detalle cejas, ojos, nariz y boca. En la parte superior es visible una sutura sagital, escribe misteriosamente Francisco Gallardo, en la que presumiblemente se insertó pelo

simulando una cabellera. En la Quebrada de Tarapacá unas figurillas similares fueron hechas en arcilla cruda y sus formas recuerdan a las de Chinchorro, pero a diferencia de ellas exhiben peinados o turbantes. Francisco Gallardo escribe que en esa época –entre 1.500 y 1.200 a.C.– el pelo, humano y animal, era considerado una sustancia privilegiada y que, en épocas posteriores, lo dominante será la sustancia tejida, la complejidad del entramado de los peinados equiparándose con aquella de los textiles.

Sagital, dice el diccionario de Julio Casares, es la porción de recta comprendida entre el punto medio de un arco de círculo y el de su cuerda. La trenza de las fiestas la portan las mujeres en la cabeza y en las manos las mujeres que las hilaron. Entre el ritmo insistente de los tambores y la trama regular de las trenzas suceden los cuerpos. Entre la percusión que vuelca y revuelca la sangre y la gracia repetida en los cabellos, torciendo y retorciendo un antiguo relato, tiene lugar el baile. Entre los pendones de San Lorenzo y los estandartes de polvo que levantan las cofradías y hermandades de danzantes al golpear el suelo de tierra, sucede el espacio de la fiesta.

Trenza de luces el campamento de peregrinos que rodea el pueblo de Tarapacá, las carpas nómades, las avenidas de comercio ambulante, la fila de máquinas y vehículos arribando o dejando la plaza de estacionamiento de Tarapacá.

Trenza de luces los trajes. Los cintillos, prendedores, capas, cinturones, máscaras, botas, báculos y bastones.

Trenza de sangres.



PASAJERA VIII

La máquina se iza hacia los altos y luego cae hacia el río o el lecho seco, avanzamos por la Panamericana cruzando una y otra vez las profundas quebradas como si fueran calaminas enormes en el asfalto de la carretera que impiden la velocidad, el olvido de aquellos parajes.

Son rajaduras transversales en la verticalidad de la Vía Panam,

el tajo de Tiliviche

el tajo de Tana

el tajo de Chiza

el tajo de Camarones

el tajo de Chaca

el tajo de Acha.

El bus de la línea *La Paloma* se abre camino por la Pampa de Camarones, sigue la estrecha cima, tal vez el bordo de un cerro, por la línea tenue, endeble, que hace equilibrio entre dos quebradas, que pasa de un lomo a otro, por un mar de tierra arrugada, entre los pliegues de la tierra seca que van en todas direcciones. Si no tuviese en el cuerpo el vértigo conocido de la máquina que se alza hasta Machu-Picchu, el forzado abandono a una escalada que parece inverosímil para este mi cuerpo, que no entiende aquella otra razón, no dejaría que el sueño durmiese cabeceando contra la ventana del bus *La Paloma* por sobre los rodados, por sobre los cañones, por sobre las gargantas. Ya sé que la máquina rostra el verde, que dará con él, con el verdor de una quebrada que brota desde el agua y arroja asentamiento, pueblo y palabra.

Mi lentitud es entregarme al horario de los buses, a sus recorridos y terminales. A la existencia de vehículos o máquinas, a su posible ingreso a una quebrada. Mi lentitud es desconocer dónde voy, un nombre que titubea, que a veces se enciende, se agarra a algún lugar. El bus acerca al nombre.

Mi rapidez es el deseo de distinguir lo que hay de nombre en el nombre, escuchar, mirar por el nombre, saber cómo es, un nombre.

Me falta y me sobra tiempo, las residenciales y posadas aciertan al llamarnos *pasajeros*. Hubiese inquirido sobre el desplazamiento de Hilda Huarachi desde Belén a Codpa, un tramo que persigo con los ojos en el mapa. Quisiera ser una carta, tal vez lo consigo a ratos. Los ríos corren desde las cordilleras hasta el mar y levantan el relieve a su paso, pero son también finas crenchas que prolongan una cabellera cuyo casco es el Pacífico. Son arterias que acercan las cordilleras al océano, acarrear historia a contrapelo. Se sube a las fiestas de Andacollo, de La Tirana, de San Lorenzo.

Se sube por minerales, por metales.

Se sube a hacer pastar los animales.

Baja el agua. Baja la lengua aymara y baja la negritud. Baja el pulso de los tambores y bajan los trajes esplendentes para las fiestas, por el corredor de los Atuendos con Bolivia.

Terceo, dijo el cargador de las máquinas negociando a gritos el precio del pasaje desde Tarapacá a Iquique, para la fiesta de San Lorenzo.

En las quebradas tiene lugar el terceo, aquello que se cruza, lo imprevisto.

Las quebradas son esquinas del desierto donde es posible trocar y mezclarse, son una lengua húmeda de la Pampa, su blando y abierto declive.

PASAJERA IX

El bosquejo sobre papel de la travesía por las quebradas nortinas tiene forma de llamo, de feto de llamo como aparecen, largos y nervudos, viejos bastones, raíces o ramas asomando de cajas en las calles de La Paz.

QUEBRADA DE CAMARONES

Cuya

El río Camarones termina en la playa. Hasta la Caleta misma llega el verde. En el 2000 corrió harto el río, hizo un forado en la quebrada, el agua abrió el mismo puente aquí. Hizo mucho daño la crecida, se juntaron los dos ríos, el Camarones y el de Chiza. Cuando hay harta agua aparecen los camarones, hacemos Picante de Camarones, con locoto y con llaita, una planta de río parecida al luche. La Caleta de Camarones era una caleta que venían a trabajar de Arica, a sacar marisco, pescado, y en la falda del cerro hicieron el camino para poder bajar a la caleta, poder embarcarse después y tener sus botes. Y ahí encontraron a las momias, empezaron a aflorar los cuerpos. En el camino se ve, donde están las totoras, donde ellos amarraban a los muertitos y los enterraban. Se han encontrado puntas de flecha, canastitos. De ahí recién supieron que había esa cultura aquí. Igual en la quebrada, cuando uno va para abajo hay, no sé si es geoglifo o petroglifo, unos llamitos que están así como envueltos en el río, de pie. Han querido sacarnos de ahí, por lo mismo, porque es zona arqueológica. Nos ha costado harto que nos den terrenos, uno puede hacer un hoyo y se encuentra con huesitos, está todo plagado de cementerios. Se ve también donde ellos cocinaban, los conchales, abajo en la Caleta. Uno saca las conchas y se vuelven como ceniza, se hacen polvo.

Yo siempre he andado de caleta en caleta con mi esposo. He estado en Mejillones, después en Chanabayita. También estuve dos meses, para el verano, en Caletita Buena, que se va por mar nada más y nos fuimos de Pisagua hasta Chanabayita en bote. En Caleta Buena íbamos en bote a buscar agua a Pisagua. Después me vine para acá, a Camarones.

Ana Robles Santander

Ha costado harto sacrificio levantar para arriba este local, Las Sirenitas. Antes vivíamos de la casa, nada más, los maridos traían la pesca. Hay harto marisco, sale el loco, la almeja, la lapa, el locote. Pocas son la gente que lo conocen, es poco cocinado. También hay en el sur, pero es más grande. Aprendí a cocinarlo aquí, mirando a los caballeros. Es un caracol, es como pariente del loco, una cosa así. Hay erizo y harto pescado, pejegallo, a veces llega corvina, vieja colorada, pejeperro, cabrilla, sargo, rollizo.

Soy de las primeras mujeres de la Caleta Camarones. Primero llegaron los caballeros de la pesca, después sus señoras. Ellos son buzos y pescadores, algunos no viven con la señora ahí, pero tienen sus casas. Llegan, trabajan, están dos días, un día, y se van. Somos poquitos los que vivimos

ahí. Prácticamente siempre somos cuatro o cinco mujeres, ahora estamos dos nada más, las otras están en Arica. Sería bueno que estuvieran todas. A la gente que es tranquila siempre le va a gustar vivir en una quebrada, nosotras ya estamos acostumbradas. A veces hemos quedado solas, pero no pasa nada. Pero a veces la tranquilidad llega a molestar. A veces se sienten los perros, es así, es bonito.

Manuela Herrera Soriano

QUEBRADA DE CODPA

En Codpa van cayendo las quebradas, dice Hilda Huarachi. La de Puquío, la Quebrada Escalera, porque es así, como escalera, el agua salta. La quebrada del valle Codpa nace en Umirpa y muere en el mar, en Caleta Vitor. En Huañachua muere la de Puquío, es tremenda cuando baja, por los aluviones. Se asustan cuando alguien dice que viene bajando. Son cuatro las fotografías que me regaló Ramón Albarracín:

La primera es una majada. Es un paso, dice él, un lugar de paso de arrieros y antiguamente de la plata. Se tira una piedra, si queda encima es buena suerte. Se parece a una apacheta, pero las apachetas son más arriba en los cerros.

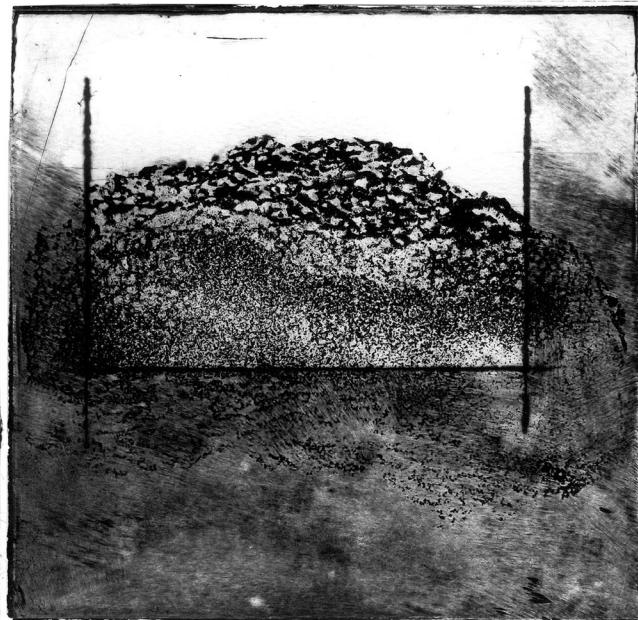
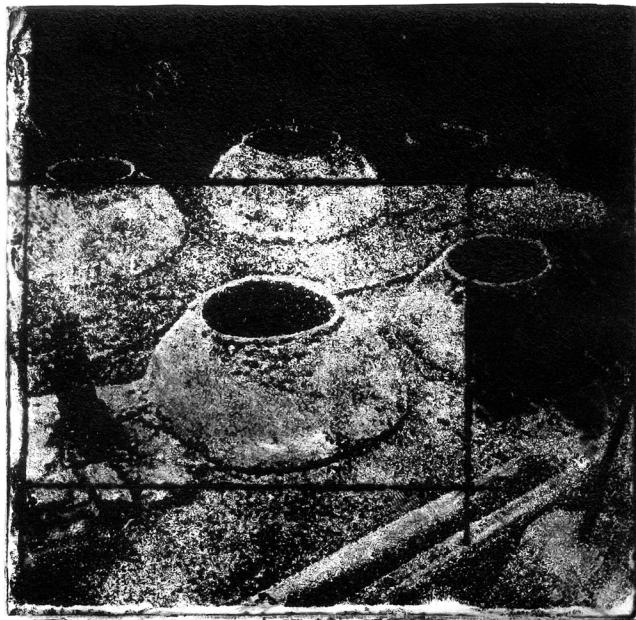
La segunda es un batán. Los batanes eran comunitarios, dice él, para moler el maíz y hacer pan, sopaipillas. La tercera son cántaros para fabricar pintatani. Las tres fotografías poseen la misma superficie curva, coronada siempre por algo: un montículo de guijarros, una piedra de moler, una boca.

La cuarta fotografía es un petroglifo, la figura serpenteante de un animal.

No me regaló la foto de los petroglifos en que aparece el zorro flautista y el hombre-pájaro, pero me dejó fotografiar su fotografía.

En la quebrada de Apanza se le aparecían cosas a la gente antigua, por ejemplo, los futres, los hacendados. Mulas blancas, toros negros. La gente tenía miedo. Se sabe que hay en la zona un sector con doce cargas de plata perdida. Si se aparece algo, hay que ir para saber qué pasa. Un caballero agarró un cordel y el cordel nunca terminaba. Lo cortó y lo perdió, no alcanzó a sacar el entierro. Antes la gente juntaba plata y la enterraba, monedas de plata, de oro. Había gente que tenía mucho y vivía pobremente, tiene que ser que se fondeó mucha plata.

El padre de Ramón Albarracín le contó los pasos que había que seguir, darle sepultura al cuerpo que se encontraba allí y recién entonces ver el entierro.



LAS SOMBRAS

Al subir la niebla hasta Andacollo y traspasar la cruz verde en los cerros, sabe el pueblo que viene la camanchaca buscando a alguien y habrá velorio. En Codpa la pasajera debía distinguir el cóndor en el roquerío sobre el pueblo. Camino a Diego de Almagro no percibió el gato recostado que veía Cecilia Ramos Jerónimo en la forma de los cerros. Diego de Almagro se llamaba antes Pueblo Hundido, ha corrido mucha tinta para explicar lo hundido del pueblo y para desmentir esta versión de la toponimia del pueblo que debió ser rebautizado como Diego de Almeyda y fue presa de un nuevo error. El anfiteatro rocoso del Sirawi, cerca de Taira, escribe José Berenguer, contiene un empinado tobogán de arenas claras, sobre las cuales suben y bajan con el viento –como una inquieta pupila– unas arenas de color oscuro. Es El Ojo del Sirawi.

El Cerro Peineta parece peineta, la Piedra de la Paloma parece paloma, el Cerro Las Papas es así, las rocas parecen papas esparcidas.

En Codpa, dice Arnaldo Butrón, por la coca hay gente que ha descubierto a las personas que roban. Ya no hay yatiri, pero muchos saben leer la coca. En el humo también, al hacerle los ocho días a un muerto, después del pagar, del chantar y de rociar la ropa con parafina arriba del cerro, se sabe quién está más próximo de morir.

Las nubes narran historias efímeras, pero los cerros no tienen maña, repiten una misma historia descifrada por quienes detienen el carrete de la película de sombras allí, en el nombre. La luz viaja pero el relato no se extingue, las palabras son de piedra, pueden asaltar una mirada desatenta que cree ver en el cerro un cerro. La pasajera enmudece, entonces. Al pisar los ojos puede ver los camélidos grabados en la roca, también vió al león boquiabierto, la pintura de su desmesurada dentadura, y distinguió el plano de las cordilleras dibujado sobre el risco. Pero también ve sombras que atraviesan las cosas.

Entre las arenas que bordean Calama Francisco Pérez indica el sitio en que la CNI le fabricó una cama de dinamita a los funcionarios del Banco para borrar las

pistas del asalto que la propia CNI había llevado a cabo. En las mismas arenas duermen minas antipersonales del tiempo de la Guerra del Pacífico. Quebrada tras quebrada me lo han dicho uno por uno, las aguas, las tierras, las habitaciones, las constelaciones y los nombres se mueven, cambian de lugar.

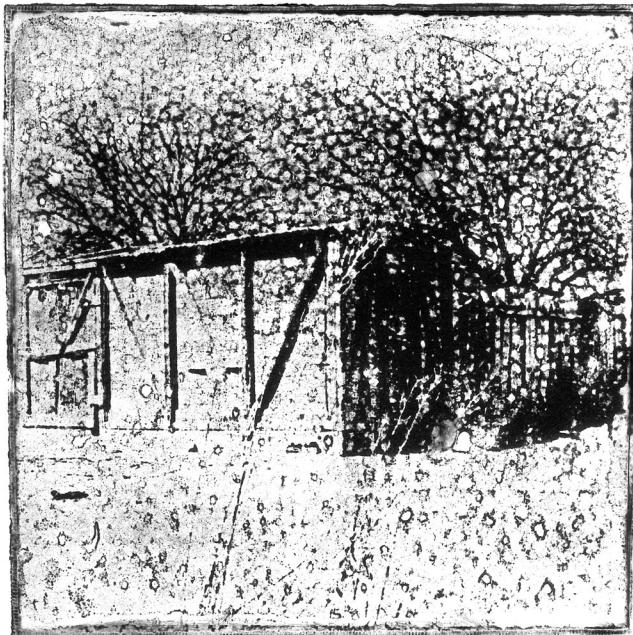
LAS QUEBRADAS

¿Qué significa *emigrar*?

Sólo dos escolares de los pueblos del interior del Elqui supieron darle sentido a esta palabra.

Es cuando mi padre estuvo cesante, dijo el niño.

Es cuando cae la quebrada, dijo la niña.



LA MATRIZ

Es distinto escribir *yermo* a pulir una superficie con la goma abrasiva que lleva por nombre *yermo*. Es otro el placer al bruñir una zona que, el cuerpo sabe, encubre lo que me gusta llamar la *luz definitiva* de ciertos lugares. Es distinto escribir *yermo* a tocar la palabra y dejarse rasmillar por su materia.

Las palabras, al igual que la matriz de metal, poseen diversas capas difíciles de distinguir. Un brillo debe ser diferenciado de otro a través de una cierta inclinación del cuerpo y, por sobre todo, del ojo. En un cierto ángulo de luz y con la pupila dilatada aparecen las capas geológicas depositadas unas sobre otras, las capas de ocupación y otras intervenciones que han dejado huellas. La arqueología indaga en los basurales como restos de vida material. Basurales, grabados o pinturas rupestres y manantiales, ríos o cursos de agua se estrechan en la edad de un lugar. Yo debo exorbitar la mirada para llevar a cabo la partición de las manchas fantasmagóricas que son propias al aluminio, del centelleo en las imágenes fotográficas y de la oscuridad que pertenece a la historia.

Lo que me ata al grabado es el error, nada en él es definitivo. Una equivocación es punto de partida, la oportunidad de soltar las amarras y dejarse llevar por la materia, por lo que es sugerido en este cuerpo a cuerpo entre una mano que quiere corregir y la misma mano que hace abandono, detiene su frenesí y cae.

Amo el grabado porque es trabajo. Un delantal que resume tiempo cuando la faena toca a su fin e inscribe definitivamente, porque la matriz que se da por terminada prolonga esa certeza de lo definitivo –una luz tajante, un momento con forma, un dolor, una lacinante pérdida en el goce, esa imagen prendida y fija en la vibración de aquella escena– cuando es dada de baja, finito el lento oficio de marcar, borrar, entrecruzar, tarjar, atenuar, finalizado en esta matriz que queda atrás y se presta a ser estampa. A ser repetición. Fetiche.

La mugre, que es alegría de este trabajo y cochina como los viajes, ha sido pasada en limpio y ya no hay pasión, sólo contemplo un objeto.

lo que me atrae al grabado es el error,
nada es definitivo. ^{aprovechando} Un error es fuente de
fortalecimiento, la oportunidad de volver las pautas
y dejarse llevar por la materia, por lo que
es sugerido en este cuerpo a cuerpo entre
una mano que quiere corregir y la misma
mano que hace abstracto, detiene su
fuerza y cae.

Amo el grabado porque es trabajo. Un trabajo
que requiere tiempo cuando el trabajo toca a
su fin e inscribe definitivamente, porque la
matriz que queda por terminar brota en
certeza de lo definitivo - una luz fugaz, un
momento en forma, un dolor, una belleza
fugaz en el que, esa imagen prendida y
fija en la vibración de aquella arena - cuando
el dedo de bajo, finito el lento oficio de marcar,
borrar, entrecruzar, trazar, atenuar, finalizar
en esta matriz que queda atrás y, por ello,
se presta a ~~la~~ ^{este} estampa. A ~~la~~ ^{este} repetición. ~~##~~